

# LILIANA BODOC

## PRESAGIO DE CARNAVAL



de

Lectulandia

«Las tragedias se resuelven en ejemplos. Pero ¿es ejemplar una tragedia que enarbola en la lanza no la bendita cabeza de un monarca, sino la cabeza piojosa de un vendedor de yuyos?».

El día que Mijaíl preguntó por Ángela y el carnaval, Sabino escuchó el retintín de la desgracia, el cencerro de la muerte. Bien sabía que cuando la tragedia se pone en movimiento ya no hay quien la detenga, porque cada elemento forma parte de su maquinaria.

Una plaza en la parte vieja de la ciudad. Un vendedor de yuyos que llegó desde Bolivia huyendo de la miseria. Una muchacha que no pudo vivir más allá ni más acá de su hermosura. Un vendedor de harinilla que se dejó ganar por el rencor. Y el carnaval en el barrio de San Pedro, saturado de humo de frituras y de ensueños. Campo de batalla contra la muerte entre guerreros coloridos y emplumados. En donde caen las máscaras sociales y todos son iguales. Por un rato.

Presagio de carnaval cumple las reglas de la tragedia. Un destino fatal que se inició con el primer hombre y continúa su marcha.

Liliana Bodoc inaugura con esta novela una nueva etapa en su deslumbrante narrativa: Presagio de carnaval es una novela trágica que, lejos de la fantasía, reflexiona sobre las miserias de la existencia humana, sin renunciar al tono poético que convirtió a Bodoc en una voz única en la literatura latinoamericana actual.

**Lectulandia**

Liliana Bodoc

# **Presagio de carnaval**

ePub r1.0

diegoan 06.06.2018

Título original: *Presagio de carnaval*

Liliana Bodoc, 2008

Ilustraciones: Marcela Dato

Editor digital: diegoan

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

**L**as tragedias se resuelven en ejemplos. Un tiempo y un espacio escuetos, cifrados, que acaban con una cabeza real ensartada en la pica de la virtud.

Pero ¿es ejemplar una tragedia que enarbola en la lanza no la bendita cabeza de un monarca, sino la cabeza piojosa de un vendedor de yuyos?

Este es el lugar en el que ocurrieron los hechos.

Una plaza en la zona antigua de la ciudad, donde, desde hace años, han tomado la costumbre de reunirse los vendedores de malas joyas y baratijas. Poco hay aquí que pueda señalarse como bello. Ni alfarerías prodigiosas ni monedas de una sola cara; nada que obligue al caminante a volver sobre sus pasos. Ningún metal que revele pasión, fe o desvelos de quien lo cinceló.

Dicen los mercaderes, lo dicen desde que atravesaban el mundo en caravanas, que los hombres actúan como dioses cuando eligen comprar objetos que jamás les pertenecerán del todo. Por ellos cualquier pago resulta proporcionado y justo. Pero nada de eso hay aquí, en el espacio vulgar de esta tragedia.

Por las veredas laterales de la plaza transitan hombres erráticos sin dispensas ni acreditaciones. Algunos esconden, otros ofrecen. Y hay otros que ofrecen lo que esconden.

Señalo a Sabino Colque, yuyero. Un hombre que pretendió escapar de la miseria. Para lograrlo, viajó a tirones desde Bolivia. Partió de Tarabuco, subió a un tren, descendió, durmió volcado sobre su bolsa. Subió a un colectivo polvoriento, descendió, esperó la noche entera. Compartió el remolque de un camión con catorce cerdos blancos, descendió, esperó, lloró la noche entera. Fue simple para la desdicha, que monta en caballo prodigioso, volver a darle alcance.

Señalo a Mijaíl, el hombre pelirrojo y fuerte que miente como si hablara. El que vende harinilla prohibida y multiplica por mil los hechos y las cosas. Mijaíl alardea con la historia de su padre. Le gusta contar que su padre llegó al barrio de pobres con un par de zancos, con libros, con un alias de guerra. A Mijaíl le gusta hablar de su padre, aunque también le gusta olvidarlo.

Señalo a Ángela, la mujer que creía que casi todas las cosas del mundo eran bellas: las bicicletas, su madre muerta, las latas de té con diseños antiguos. Ángela aprendió a bailar frente a la luna del espejo, en el dormitorio de sus padres. Con el tiempo, Ángela adelgazó. En cambio no adelgazó su imagen.

Señalo a Ángela, la que no pudo vivir ni más acá ni más allá de su hermosura.

Señalo el espacio de la tragedia. Una plaza en la zona antigua de la ciudad. Y señalo el tiempo. Anochecer de verano con un resto de viento colgado de los árboles. Ni suficiente luz para verlo todo ni suficiente penumbra para ocultarlo. Y después, el dolor de un yuyero boliviano. Asuntos todos que exigen versos.

Esta tragedia, como cualquier otra, no fue resultado de una contingencia. Comenzó cuando, anunciando la llegada del hombre, un macho cabrío coceó la tierra y cantó.

# I

No era una cita. Más bien un acontecimiento cotidiano en el que nadie ponía especial empeño.

Mijaíl era el primero en llegar. Se sentaba siempre en el respaldo del mismo banco y aprovechaba para limpiar con un retazo de lana las botas marrones, acordonadas, aunque fuera verano. Antes de ese imperceptible acicalamiento, dejaba a un lado el bastidor donde exhibía pulseras de hilo, anillos de coco, aros y colgantes con alegorías para todas las conciencias. Las ventas alcanzaban para reunir las monedas del día.

Por lo demás, Mijaíl tenía trato con algún menudeo que rondaba la plaza en busca de harinilla. Gente que prefería no visitarlo en el barrio de pobres donde vivía porque creía más seguro camuflar el comercio clandestino en la arena circense de aquella plaza, donde la mirada policial era amigable con Mijaíl.

Sabino Colque llegaba después, llamando a su perro.

—Véngase, mi Primo. Véngase.

El llamado era tan insistente como innecesario porque Primo nunca se alejaba del yuyero boliviano más que el espacio y el tiempo de un silbido.

Una tarde, el perro se le había pegado a los talones para no irse nunca. Por causa del animal, Sabino debía caminar veinticuatro cuadras contadas hasta la pensión donde se alojaba cuando, alguna vez de lluvia o frío, hubiese podido pagar un pasaje. Pero siempre era mejor caminar veinticuatro cuadras, con dos sombras y seis patas, que viajar en soledad de cara a un vidrio sucio.

Ese día, como otro cualquiera, Sabino Colque llegó a la plaza, se sentó junto a los pies de Mijaíl y abrió la valija donde vivían sus yuyos. Purga del vientre, para cuando nos duele nuestro pecho, contra las bubas esponjosas, contra el hipo.

Sin embargo, aquel no sería un día como todos. Por muchas y fuertes razones, Mijaíl y Sabino Colque hablaban sin quitar los ojos de la fachada blanca de *Lyon*. Ropa de mujer, un negocio aceptable, justo cruzando la calle angosta y poco transitada, con dos vidrieras pequeñas y piso de tablones lustrados, que comenzó como pasatiempo de una señora aburrida y se asentó con el buen gusto de su dueña más las facilidades de pago que otorgaba a sus clientes.

—¿Por dónde anduviste, yuyero?

—Yo —contestó Sabino—, donde siempre.

Con esa pregunta Mijaíl invertía la realidad, porque era él quien había desaparecido del circuito de venta durante tres días. Lunes, martes y miércoles sin aparecer por la plaza.

—Anduve ocupado —dijo el vendedor de harinilla. Y aclaró—: Te preguntaba por el domingo. ¿No es que los bolivianos tenían carnaval?

—Ah... Estuve por San Pedro —el mentón agudo del yuyero señaló el sur.

Entonces Mijaíl se rascó entre las piernas para expresar el gusto. Y se rio un largo rato durante el cual Sabino se fue con el pensamiento, y no porque la risa de Mijaíl le molestara, sino porque no la comprendía.

—A ver la lengua, yuyero —pidió Mijaíl.

A Sabino Colque le resultaba difícil obrar cuando no entendía el motivo.

—¿Para?

—Para ver si Ángela te arrancó un pedazo.

Fue entonces cuando Colque escuchó por primera vez el retintín de la desgracia. La muerte usa cencerro, eso lo sabía Sabino. Cosa de cada quién hacerse el sordo.

Mijaíl se agarró del respaldo y se inclinó hacia atrás en una pirueta infantil que pretendía, quizás, suavizar la traición que se ocultaba detrás de sus comentarios.

—¡Así que te la volteaste en el carnaval!

Mijaíl habló. Lo hizo sabiendo que era inútil pretender que el yuyero dijera una sola palabra sobre Ángela y el carnaval boliviano. Pero iba a hablar, seguiría hablando sin cesar para no arrepentirse de lo que estaba hecho.

—¡No se cree, yuyero! No se puede creer...

Mijaíl no entendía cómo Ángela se había desabrochado para el yuyero de Bolivia cuando ella era un animal de terciopelo. No linda... Linda era Graciela, linda es cualquiera si uno está solo y lleno de piojos. Ángela no... Ángela era para besarla en papel de revista.

—No se cree, Sabino. No se puede creer.

Sabino Colque dijo que nada de eso era cierto, ni voltearla en el carnaval ni desabrocharse para él. Nada de eso era cierto, todo era otra cosa. Y había que estar en San Pedro cuando pasaba la procesión para entender las alteraciones de la gente y de los cuerpos.

—¡Ahora te aparecieron las ínfulas de brujo! —dijo Mijaíl—. Despacio, Colque, que en esta ciudad los brujos no asustan a nadie. Puede ser que en Bolivia, pero aquí...

Mijaíl arremetió con su perorata para no escuchar la versión del yuyero, porque si la escuchaba era posible que también empezara a creerla. Y eso ya no tenía ninguna utilidad. Lo hecho, hecho estaba.

Mijaíl sabía que era mucho mejor seguir pegado a las palabras de Graciela que atender las explicaciones de Colque. ¡Claro que el boliviano iba a defenderse! Si además estaría bien arrepentido de ese oscuro asunto del bailecito... Bailecito en San Pedro. San Pedrito para tocar los culitos de las cholitas. Sabinito. Yuyerito. Bolivianito.

Sabino Colque había nacido en Tarabuco, un terrón fácil de desmenuzar entre los dedos, una localidad de la Bolivia que, a veces, no tenía razón de ser.

Formó parte de una familia numerosa en sirvientas honradas, fecunda en trabajadores golondrina. Una parentela pobre que, sin embargo, logró destacarse entre el resto de las que habitaban la barriada gracias al renombre de sus sanadores.

Los Colque fueron una familia de miramiento y aprecio entre la apretada comunidad en la que vivieron; en la que aún vivían, perdidos ya el crédito y la reverencia que habían inspirado los tíos Colque, sanadores.

Durante su infancia Sabino presencié, muchas veces, curaciones de enfermedades frías y calientes. Los enfermos llegaban hasta la casa de los Colque por sus propios medios, o cargados por sus familiares cuando la gravedad del caso no permitía otra cosa. Casa de piedra, oscura, donde vivían los tíos sanadores y sus muchos parientes.

No había ocultamientos porque a nadie le parecía mal que un niño presenciara una ceremonia de curación. Sabino observaba a sus tíos, los escuchaba.

El sanador se dirige cortésmente al dolor, reclamándole el daño que le causa al vientre. Si el dolor no escucha, el sanador amenaza con enviarle las sustancias que ya quieren entrar al cuerpo del enfermo para cumplir con su obligación. Y supiera el dolor que se le daba la oportunidad de partir por su propia voluntad. Supiera el dolor que el sanador lo respetaba y por eso mismo le advertía y le daba oportunidad de marcharse por sus propios pies.

En las últimas generaciones la decadencia fue ganando territorio en toda la barriada tarabuqueña, y también entre los Colque: las sirvientas no pudieron seguir conservando su honradez y los trabajadores golondrina se fueron más lejos.

Pero la pobreza ocasionó un mal de mayor alcance: el envilecimiento del oficio. Los sanadores Colque aceptaron comerciar con el dolor. Dijeron que alguien sanaba cuando sabían que no, traficaron los secretos preciosos que las generaciones les habían heredado. Y así perdieron la honra y el reconocimiento.

Cuando Sabino era un niño, los dos tíos viejos, hermanos de su abuela, guiaban a la familia. Por ese tiempo todo sucedía bajo una luz de trascendencia que daba a la vida su verdadera importancia.

Los Colque de entonces conservaban el privilegio de ser pasantes en las procesiones de carnaval. De sus bolsillos salía el dinero necesario para vestir de gala la imagen de la Virgen de Copacabana, que luego cargaban sobre sus hombros. De sus bolsillos salía el dinero para la chicha y el pan de rosca que es obligado repartir. Pasantes en el carnaval y sanadores de oficio, era grande la autoridad de los Colque sobre los cuerpos y las almas.

Aunque al principio nadie en la familia creyó que semejante memoria fuera posible, Sabino podía recordar un hecho acontecido cuando era muy pequeño, y fue capaz de dar detalles que los mayores aceptaron como ciertos.

—Me acuerdo bien de una manta con flores. Y yo, para sostenerme, me agarraba de unos alambres, de un tejido de alambres. Entonces llegó a visitarnos alguien que no pertenecía a la casa.

Su abuela y su madre confirmaron el recuerdo. Era verdad. Tuvieron una conejera en desuso que sirvió como corral para Sabino cuando el niño apenas caminaba, y era

verdad que la conejera estaba cubierta con una manta floreada.

—¿Y cuánto más se acuerda?

—Me acuerdo bien claro de todo ese día. Había mucho olor a comida.

—Había, sí, porque era domingo —admitió la abuela.

—Antes de que llegara la visita, los tíos secreteaban, cerca de donde yo estaba, sobre asuntos de salud y curación.

Debemos primero determinar si la enfermedad es fría o es caliente. Las enfermedades frías vienen de afuera, por intrusión de una calidad fría. Corriente de aire o alimento frío que llegan cuando el hombre se halla débil. Las enfermedades calientes empiezan en el interior del cuerpo...

Los tíos viejos hablaban lejos de las mujeres y cerca de la jaula para conejos que, recubierta con una manta, le sirvió a Sabino como corral de su primera infancia. Parado allí, prendido a la tela de alambre, el niño escuchó hablar de los dones de la familia Colque: el ver y el sanar.

Se trataba de un domingo parecido a todos, cuando iniciaba para los hombres una borrachera que, bien racionada, podía durar hasta la noche.

Era habitual que, después del almuerzo, los sanadores se reunieran en ronda con los hombres jóvenes de la familia para pasarles sus conocimientos, de modo que el oficio no se perdiera. En ese quehacer estaban cuando una visita les interrumpió la tertulia.

—Recuerdo que alguien llegó, y no era Colque —Sabino podía recordar el perfume diferente que había entrado a la casa—. Llegó un hombre que olía como perra. Llegó y se acercó a los tíos viejos. Estuvo un rato en la casa, pero no aceptó sentarse ni comer ni tomar. Cuando se fue, los tíos quedaron hablando y al final se pelearon unos con otros.

—Y usted se acuerda de lo que dijeron los tíos, Sabino.

—Eso no.

Sabino no recordaba la conversación que los sanadores habían sostenido, aquel domingo, después de que el hombre de afuera dejara, la casa. Pero los mayores de la familia sí.

Porque a partir de ese domingo, los sanadores se dividieron en las opiniones. Distancia que duró para siempre.

Uno de los tíos dijo que no era bueno andar entre políticos, y meterle a la gente que recobraría la salud si votaba así, y no la recobraría si votaba de este otro modo.

El otro tío, secundado por la mayoría de los hombres Colque, respondió que no era malo. Si al fin la gente iba a votar de cualquier manera. Y que la familia estaba con mucha pobreza.

Durante años los Colque se preguntaron cómo podía Sabino recordar el domingo en que llegó un delegado político para pedirles a los tíos que pusieran su renombre al

servicio de los programas partidarios. Prometiéndole que, si lo hacían, iban a retribuirles con generosidad.

Lo cierto es que las consecuencias de ese pacto no fueron buenas para los Colque. Nada resultó bueno para ellos. Todo resultó malo para la familia.

Las retribuciones prometidas no llegaron nunca. En cambio, los tíos Colque se quedaron sin fama entre la gente pobre. Los sanadores más viejos murieron pronto y los partidarios ni siquiera fueron al velorio.

Sabino creció en una familia decaída y sin misterios. Con la muerte de los tíos, los domingos se transformaron en pura borrachera mal racionada. Faltaban, después del almuerzo, las palabras de los sanadores, que se sobreponían al alcohol y lograban que toda la familia se sintiera parte de una verdad más vasta y antigua que la miseria.

Cuando Sabino tuvo asomo de vello vio irse a muchos de los suyos. Y vio a las mujercitas de la familia llegar pintarrajeadas y ojerosas a los almuerzos del domingo.

Cuando Sabino tuvo asomo de coraje le avisó a su madre que también él se iba a una ciudad lejana en busca de la suerte que en Tarabuco faltaba. Y faltaría para siempre.

En la plaza de la tragedia Mijaíl no cesaba de hablar de Ángela y el carnaval. Explicó, sin que nadie le preguntara, que la propia Ángela le había contado todo a Graciela. Y enseguida, Graciela se lo contó a él. Porque solamente a un boliviano se le podía ocurrir que una mujer se iba a quedar callada. Mijaíl hablaba y hablaba. A lo mejor, contando una parte de la verdad se le aliviaba esa incomodidad en la conciencia.

Sabino Colque recordaba los años de Tarabuco mientras comenzaba a sentir una ausencia entre el corazón y el estómago.

Por enseñanzas recibidas de su familia, el yuyero sabía que esa ausencia se conocía como presentimiento y así se estimaba. Aunque primeramente eso no significaba gran cosa, sino solo una falta en el cuerpo que debía ser tomada en su justa medida. Sin alarmas desmedidas.

No hay que correr tras los presentimientos; más bien al revés. Que los presentimientos nos corran y nos tiren de la ropa hasta demostrarnos que son atendibles.

Colque sacudió la cabeza para desprenderse de la sensación de desgracia que empezaba a cerrarle el pecho.

—Véngase, mi Primo —le dijo al perro, que dormía echado a sus pies.

Un hecho desacostumbrado acentuó el mal contorno del día. El auto blanco se detuvo un momento en la puerta de *Lyon*. Ropa de mujer. Con dos bocinazos y un gesto, el hombre joven anunció que estacionaba y volvía. Igual que siempre, pero una hora antes. Una hora antes.

—¿No es temprano para que venga a buscarla?

Colque no preguntó porque se sintiera con algún derecho sobre Ángela. En realidad, intentaba llevar cuenta de la cantidad de indicios que se sumaban como anuncios de la tragedia.

Para Mijaíl, que transitaba el sendero de la traición, era indispensable menospreciar a Colque.

—No te hagas el novio, boliviano. Que novio, lo que se dice novio, es el rubio ese.

Colque inhaló fuerte como si estuviera evaluando, por el olor, el sentido último de aquella visita adelantada.

—Véngase, Primo.

El perro se le encimó a las piernas y el yuyero le rascó fuerte las orejas.

Mijaíl insistía en conocer los detalles sobre Ángela. Tamaños de la mujer, texturas, calor y humedad. Y, ante todo, sus palabras. Sobre todo sus palabras, porque lo que una mujer decía o susurraba le permitía a Mijaíl conjeturar, con altas probabilidades de acierto, qué podía esperarse de la hembra.

Sabino Colque seguía callado.

Cuando Mijaíl hacía ruidos con la respiración era a causa de la harinilla que ocultaba y aspiraba, que aspiraba y ofrecía. Mijaíl arrastró la cara por el hombro derecho para secarse el agua que le chorreaba de la nariz. Después miró hacia los costados y hacia arriba como si estuviese esperando el inicio de una tormenta anunciada. Saltó del banco y corrió hasta un bebedero, donde permaneció un largo rato tomando agua. Enseguida regresó a sentarse en el respaldo del banco con la cara mojada; repentinamente tranquilo y conforme.

—Yo tengo una especie de clasificación —Mijaíl seguía con lo mismo—. Según lo que digan, las ubico. ¿Me entendés, Colque?

Sabino no respondió, no sonrió.

—Están las que usan verbos, que no son iguales a las que usan comparaciones. Están las que preguntan, están las que dicen no... Un caso interesante, las que dicen no.

La clasificación era larga y precisa. Pero como el yuyero no escuchaba, Mijaíl la abrevió para sí mismo.

—Y están las que yo nunca tuve... Las que cantan bajito.

Mijaíl hilvanaba bien las palabras, jamás las dejaba caer.

Apenas se conocieron, Sabino Colque le había elogiado la manera de hablar. Pudo haber sido la felicidad por aquel reconocimiento la que llevó a Mijaíl a nombrar a su padre, por vez primera, frente al yuyero.

—Llegó al barrio subido en unos zancos altísimos. Parece que eran de un circo extranjero... Llegó con otros cuantos más, mujeres y hombres, aunque a los zancos solamente se subía él, porque no te vayas a creer que es tan fácil. Parece fácil, pero no es. Más con esos zancos que venían de Europa, del circo de Moscú, creo. Ahí fue cuando conoció a Marina, que, en ese entonces, tuvo que haber sido muy linda. Por

eso yo digo que salí lindo como ella y alto como los zancos.

Aquel fue el día en que Sabino Colque y Mijaíl estuvieron más cerca del cariño. Después, las faenas de la plaza y la vida los regresaron a sus soledades. Para Colque, la pensión de mala muerte donde le habían asignado una habitación ennegrecida. Para Mijaíl, su venta de harinilla y su rabia.

—Nunca supe dónde quedaron los zancos. Y Marina tampoco sabe —le explicó a Sabino aquel día—. En cambio me dejó libros. Muchos libros.

Vagamente, el yuyero boliviano pensó que Mijaíl hablaba para tener un padre.

Sabino Colque seguía un recorrido fijo, calle por calle, dolencia por dolencia. Su valija repleta de yuyos tenía el don de unir, de vez en cuando, la decencia barrial con la ralea barbuda y borracha que ocupaba la plaza y vendía baratijas sin pagar impuestos.

Los yuyos de Colque hacían posible que llegara hasta el banco de la plaza una buena vecina que sufría de insomnio.

—Ahí viene a visitarte una vieja —dijo Mijaíl.

La presencia de la vecina alejó las sombras, acalló los graznidos. La tragedia se metió en su caldo. Y una conversación de iniciados dejó aparte a Mijaíl.

—¿Cómo anda, Sabino?

—Aquí.

—Hace dos noches que no concilio el sueño, y eso que tomé el yuyo.

—¿Dejó asentar?

—Las doce horas.

—Espere, a ver... —El yuyero evaluaba—. ¿El agua del remojo?

—Como siempre, apenas tibia.

El yuyero se quedó pensando.

—¿Y si lo hago más fuerte? —preguntó la mujer.

—Eso podría.

—Pero le estoy poniendo miel, Sabino, porque me queda gusto amargo.

—Así es el yuyo.

—Ya que estamos, deme unas semillas de anís.

La mujer pagó y se fue sin mirar a Mijaíl, que, ese día, habría deseado saludarla.

—¡Vieja de mierda!

A Mijaíl no solía irritarlo el desprecio de las personas decentes. Al contrario, lo enorgullecía. Esa tarde, sin embargo, se enfureció. Quizás porque supo que sin importar lo que hiciera, ni cuánto traicionara a sus semejantes, siempre iba a pertenecer a la fauna execrable de la plaza.

—¡Y es mil veces más rata que yo! —Mordió Mijaíl—. Mil veces más rata.

El tiempo de esa tarde no pasaba. Rondaba el tiempo.

Mijaíl calculó el futuro inminente en la esfera barroca del reloj que había comprado en la terminal de ómnibus. Después, miró la hora en el cielo.

Como lo hacía cada atardecer, Sabino se santiguó con gestos diminutos. Venía el

momento de saludar al Sol, y esa tarde de malos augurios debía hacerlo mejor que nunca. Se puso de pie y sacudió el cuerpo a modo de preparación. Mijaíl, que conocía el ritual, había dejado de reír hacía ya tiempo. Vaya a saber qué cosa lo impulsó aquel día a retomar la burla.

—Bueno, Primo, empezó la payasada de los indios —y gritó golpeándose la boca.

Las luces de la plaza se habían encendido mientras Sabino hablaba de yuyos con la vecina.

Desde la vereda opuesta, detrás de la vidriera que reflejaba la verdad de la plaza, Lyon también miraba a los dos hombres sentados en el banco.

—Mijaíl —dijo Colque.

—¿Qué hay, yuyero?

—Nada.

El yuyero metió la cara en la pelambre incompleta de su perro. Respiró ahí dentro a ver si encontraba su calle de barro, sus secretos, la herencia de los Colque curadores y congraciados. Sabino Colque buscó consuelo en el olor húmedo de su perro.

Zancos y libros. En los sueños del niño esas palabras levantaron polvareda.

Durante su infancia, tan breve que podía contarse en manzanas, Mijaíl aceptó con gusto que su madre le hablara del hombre que había llegado en zancos desde el horizonte.

—Tu padre precisaba tener dos nombres para que no lo mataran —le decía su madre.

Y susurraba una palabra: guerrillero.

La mujer había amado al guerrillero sin entenderlo, sin creerle. Solo esperaba pacientemente a que él terminara sus largas explicaciones sobre el mundo. Claro que, a veces, se cansaba y entonces se desprendía la blusa en medio de la lucha de clases y lo besaba despacio, obligándolo a postergar la reforma agraria.

—Tu padre llegó al barrio con otros que tenían las mismas ideas. Y enseguida se hizo querer. Muchas veces me cantaba canciones que no estaban de moda, pero eran lindas —decía. Y esa aparentaba ser la única, la verdadera causa de su amor.

El día en que Mijaíl cumplió diez años, su madre buscó de memoria en el desorden del mueble. Buscó y sacó una bolsa de nylon atada con varios nudos.

—Tomá —le dijo—. Eran de él.

El niño recibió lo que su madre le daba y salió. Caminó hasta unos matorrales que crecían cerca y se sentó a la sombra de un paraíso. Desató con dificultad los nudos apretados por los años y metió la cara en la bolsa. Había libros. Los contó: cinco libros. Mijaíl pensó que no debía apurarse. Se alzó sobre un costado y con la mano libre apartó las piedras que le molestaban. Volvió a su sitio comprobando la comodidad de la postura. Se ajustó los cordones de las zapatillas y recién entonces puso la bolsa sobre sus piernas largas y flacas.

Sacó con cuidado uno de los libros. Decía Antología poética. Miguel Hernández.

Entonces el niño hizo los aspavientos de quien va a abrir al azar pero desea que el azar lo note para que haga bien su parte. Infló la cara de aire y sopló la tierra con exageración. Pasó el pulgar derecho por el canto oscurecido de las hojas, volvió a pasarlo. Primero entreabrió el libro usando la uña. Después leyó.

*Dad cuerda, pescadores, a los ríos...*

Mijaíl cerró el libro de golpe, casi asustado de que alguna de aquellas palabras fuera a escapar de entre las hojas. Lo dejó a un costado y tomó otro. Decía Rikki Tikki Tavi y otras historias de la selva. Lo abrió.

Este singular escritor nació en Bombay, de padres ingleses...

Mijaíl ya había aprendido palabras que nadie en el barrio de pobres conocía: antología, dad, Rikki Tikki Tavi, Bombay...

El legado paterno fueron palabras. Legado que con el paso de los años revelaría un poder que, entonces, Mijaíl no pudo imaginar. Porque en un sitio como el barrio de pobres, donde las palabras escasean y se aniquilan, aquel capaz de tratar con ellas, hilvanarlas, hacerlas jugosas, puede ver más allá de su propia desgracia.

Desde los cinco libros que heredó de su padre, Mijaíl construyó su sitio en el barrio, en la plaza y en la ciudad vieja.

El pensamiento de Mijaíl y sus acciones fueron resultado de aquellas lecturas repetidas, y luego enlazadas, trastocadas, superpuestas a su oscura realidad. De ese cruce salían las historias que les contaba a sus amigos, gracias a las cuales comenzó a ganar prestigio en el barrio de pobres.

—Y entonces —contaba Mijaíl a los diez años—, los hombres de zancos se disfrazaron de pescadores para que nadie los matara. Y había uno, el más valiente de todos, que había nacido en el barrio Bombay... A ese se le ocurrió que los ríos podían ser amigos de ellos y ayudarlos a ganar la guerra. Por eso se daba vuelta, con la mano levantada, y les gritaba a los otros hombres: «¡Dad cuerda, dad cuerda...!».

Los chicos del barrio lo escuchaban con los ojos fijos. Y no importaba lo que entendieran, se les revolcaba el corazón en el cuerpo.

—Pero un día el hombre de zancos se cansó de ser bueno, de hacerse querer y de cantar canciones lindas, porque igual todo era porquería y tristeza. Así que se montó a los zancos y se fue de Bombay gritando «Rikki Tikki Tavi», que en el idioma de ellos quiere decir «Ya no me importan los ríos».

Gracias a su destreza con las palabras, Mijaíl tuvo desde temprano mujeres que lo alimentaron y lo vistieron. Y apenas engordó lo suficiente se volvió intermediario en la venta de harinilla.

—Y resulta que cuando el hombre de zancos se fue, su hijo encontró una bolsa de nylon que estaba escondida en el ropero y atada con muchos nudos. La madre quiso

quitarle la bolsa, pero no pudo. El hijo del hombre de zancos abrió la bolsa y encontró un revólver..., cinco revólveres. Y como estaba muy enojado salió a los balazos por la calle. «¡Rikki Tikki Tavi!», gritaba el hijo del hombre de zancos para que todos en el barrio Bombay aprendieran a respetarlo. «¡Rikki Tikki Tavi, ya no me importan los ríos!».

Caminar fatalmente, ir tras los pasos del rey.

La tragedia posee motivos eternos, razones infinitas para imponerse. Es omnipresente y su látigo son los grandes símbolos. ¿Quiénes y desde qué arrogancia serían capaces de negarla? ¿Quién, de cara a la tragedia, puede decir tres veces: «No la conozco»? ¿Quién puede aseverar que el camino que anda le pertenece?

Los hombres y las mujeres que ocuparon esta plaza, lugar y verano de la tragedia, no fueron capaces de hacerlo. Más bien, tras cada paso y con cada palabra, fueron tejiendo el sudario que les correspondía.

Ángela y Graciela eran las únicas empleadas de *Lyon*, un negocio de moderadas pretensiones con gusto para mujeres de más de treinta que querían vestir elegantes pero juveniles, juveniles pero no ridículas.

Últimamente, la mala salud impedía a la propietaria de *Lyon* ocuparse del negocio tanto como hubiese querido. Pero estaba Graciela, que trabajaba allí desde la inauguración, conocía el movimiento, sabía diferenciar entre sonrisas para proveedores y sonrisas para la clientela. Era capaz de determinar con una ojeada cuándo valía la pena y cuándo resultaría inútil desordenar la pila de tejidos de puro algodón con una hebra de seda.

La llegada de Ángela, después de que la dueña del negocio tuviera que someterse a la primera operación, le sirvió a Graciela para aumentar su eficacia como vendedora. Fue muy fácil, bastó prenderse de la belleza extraordinaria de aquella chica.

—Ángela se llevó el mismo vestido en color negro —decía Graciela. Y la señalaba.

Las clientas de *Lyon* miraban con detenimiento a la chica de cabello oscuro y ojos que estaban más allá de cualquier azul. La miraban con una mezcla de recelo y esperanza creyendo, de algún modo, que el vestido obraría el milagro.

Graciela tenía cuarenta y tres años, un cuerpo con las ventajas y las desventajas de no haber engendrado. Y un apotegma grotesco sobre la vida que la mantenía a salvo: «Yo la disfruto».

Para disfrutarla, Graciela trabajaba en *Lyon*, sonreía de dos maneras, se enamoraba de hombres casados que jamás se enamoraban de ella. Y salía, salía mucho.

—Salgo mucho —decía Graciela—. Yo soy de salir mucho...

Le gustaba decirlo. Aun a Mijaíl, que asentía con seriedad. Y buscaba el modo de

que lo repitiera:

—¿Y adónde te gusta ir, Gracielita?

—A cualquier lado, el asunto es salir.

Apenas Graciela se despedía, mientras cruzaba la calle hacia la tienda, Mijaíl empezaba con lo suyo:

—¿Sale? ¿De dónde sale? ¿Cómo esta tipa se imagina que es capaz de salir?

A Sabino Colque le gustaban esos discursos, cuando Mijaíl hablaba para que lo escuchara su padre muerto. El yuyero atendía con solemnidad, y jamás hacía comentarios.

Sin importar por dónde comenzara, Mijaíl acababa siempre en la celebración de la desventura.

—Porque salir, lo que se dice salir, no es para cualquiera. ¡Salir! —Mijaíl se esforzaba por llegar a su causa—. Salir significa meter fuego atrás y adelante. Salir, Colque... ¡Salir es cagarse de dolor!

La que luego sería madre de Mijaíl, tenía diecisiete años vividos en la miseria del barrio cuando ellos llegaron, por primera vez, un sábado por la tarde.

Eran jóvenes y mostraban sus risas porque no les faltaban dientes. El cura los acompañó en su recorrida, anunciando una función de teatro para ese mismo día, a las siete, frente a la escuela. Niños y mayores, todos iban a maravillarse.

El que luego sería padre de Mijaíl tenía a su cargo el papel de Gran Ladrón. Entró a escena montado en zancos. Una capa negra, un antifaz. Y un juglaresco alarde de perversidad. Al final de la función, la que sería madre de Mijaíl estaba enamorada.

Después de los aplausos, el Gran Ladrón se bajó de los zancos. Y retomó su voz natural.

El cura del barrio lo presentó con uno de sus dos nombres. Algunas personas se alejaron murmurando, igual que si se tratara del momento de poner monedas en la gorra. Otros se quedaron. Y se sentaron en ronda para escuchar lo que esos jóvenes tenían que decirles acerca de los verdaderos motivos de su pobreza.

El Gran Ladrón, que parecía tener cierta ascendencia sobre los otros, les dijo que aquel era un barrio con suerte por tener un cura que, igual que Cristo, estaba del lado de los desdichados y de los pobres. Dijo que había mucho por hacer, y que no debían caer en la trampa de apedrearse entre vecinos por las limosnas de la burguesía. Dijo también que iban a regresar todos los sábados para hacer teatro con los chicos, para reunirse con los mayores...

La que luego sería amada del Gran Ladrón y madre de Mijaíl preguntó si podía anotarse aunque tuviera diecisiete años.

Gran Ladrón (Al público.): Quien piense que sólo me alimento de queso, chocolates y sandía está muy pero muy equivocado. Porque mi gran barriga necesita sueños. ¡Sueños...! Yo busco sueños, robo sueños y, glup, engullo sueños. Me gustan

los sueños de los chicos, son los más sabrosos. Y vine a este barrio (¡shhh!, no se lo digan a nadie), vine a robar los sueños de... ¡De este niño que está acá! ¡De este...! ¡Y de este otro!

A la madre de Mijaíl le gustaba recordar el monólogo del Gran Ladrón, cuando los chicos le tiraban tierra y gritaban con histeria fingida que era malo y feo, que se fuera de allí.

Pero Mijaíl había crecido. Y esa noche estaba sin ganas de escuchar otra vez el cuento del Gran Ladrón que engullía sueños. Además, empezaba a molestarle que Marina recordara esas idioteces con tanta exactitud.

—Ya lo sé —le dijo.

Su madre fue incapaz de entender que Mijaíl había crecido, y estaba borracho.

—Ya lo sé.

Ella siguió hablando.

—Ya lo sé.

Ella siguió hablando.

—Ya lo sé.

Siguió hablando.

La mesa de metal, mal apoyada en el piso irregular de la casucha, se volcó hacia un costado. Mijaíl se molestó por eso, y se levantó sin terminar de comer. Pero levantarse sin comer no alcanzaba, así que pateó la silla. Pero patear la silla no consolaba, así que puteó a Dios.

Después salió a andar por el barrio, lento y triste, como si le hubiesen robado los sueños.

El carnaval había terminado. Mijaíl estuvo ausente tres días seguidos del circuito de venta. Y ese jueves, el auto blanco llegó una hora antes de lo acostumbrado. Atardecía para la tragedia.

El novio de Ángela le había hecho a Graciela un pedido especial: debía evitar que la chica cruzara a la plaza. Y Graciela, que acordó con la medida, logró mantener a Ángela en cautiverio durante todo el jueves, cerrándole el paso con sus alas.

Ave de la soledad y el abandono, Graciela batió el aire con sus plumas polvorientas y ocultó la salida. Así impidió que Ángela cruzara la calle para hablar con Sabino. Ángela de *Lyon* y Sabino de Tarabuco no habían vuelto a verse desde el domingo de carnaval. Ángela había faltado al trabajo lunes, martes y miércoles. El jueves estuvo allí, pero no cruzó la calle hacia la plaza, ni siquiera salió a la puerta del negocio.

Fue el mismo jueves en que Renzo llegó a *Lyon* una hora antes de lo acostumbrado. Y se anunció con dos bocinazos cortos y chillones. Renzo era brillante alumno en las aulas de Odontología. Muchacho de buen rostro y buena altura.

—¿Tu novio tan temprano? —Estimulada por la traición de la que formaba parte,

Graciela aparentó asombro.

—Parece —Ángela levantó su cabello para airearse la nuca.

Graciela acomodaba prendas en su sitio, y no abandonó la tarea. Ángela tenía las manos sucias de revisar cajas con ropa de otoño. La chica llevaba una pollera tableada que parecía recortada de un libro escolar. Renzo entró a la almibarada cotidianidad de *Lyon* con una camisa costosa y fresca. Y miró sonriente la pollera tableada de Ángela.

—Viniste antes —murmuró ella.

—Hoy no tenés curso de diseño —dijo Renzo.

—No —contestó Ángela.

—Entonces te llevo a tu casa.

Graciela intervino con tono maternal para decirles que, si querían, podían irse antes. Total, lo que no se había vendido en el día no iba a venderse a última hora y, en todo caso, ella se arreglaba sola. Con su experiencia detrás del mostrador no iba a asustarse por tan poca cosa.

En la plaza, Primo se echó junto a Sabino. El yuyero empezó a rascarlo detrás de las orejas.

Sentado en su lugar de siempre, Mijaíl arrastró la nariz mojada por su hombro derecho. Miró hacia los costados y hacia arriba en espera de la tormenta anunciada. Después corrió hasta el bebedero, donde tomó agua durante un largo rato. Se lavó la nariz enrojecida, después la cara.

No es que el puto estudiante de Odontología le cayera bien, pero la verdad era que el yuyero se había ido al carajo con lo de la piba. Y en todo caso a nadie le venía mal una pateadura. Una buena pateadura servía para acomodar las cosas, y obligaba a la gente a sentarse en su silla. ¿Acaso a él no le había pasado lo mismo? Claro que le había pasado, y gracias a eso entendía mejor la vida y vendía harinilla sin joder a nadie.

Ese pensamiento acalló su conciencia. Y Mijaíl regresó a su sitio, en el respaldo del banco, repentinamente tranquilo y conforme.

En *Lyon*, cada uno representaba plenamente su papel, unos con hipocresía, otros con inocencia:

—No hace falta, Graciela. Esperamos y te ayudamos a cerrar —dijo Renzo, buen rostro, buena altura y, sobre todo, buena educación—. Salvo que mi visita las moleste.

—Al contrario, ¿no, Ángela?

—Al contrario —y en la culpa, Ángela exageró—. Menos mal que viniste.

En la culpa, Ángela ofreció.

—Buscá una revista para mirar.

Pero no había revistas. La culpa ofrece mucho más que lo que puede dar. Y así se

renueva.

—No importa —dijo Renzo—. En la plaza siempre hay algo interesante que ver.

Renzo pegó la frente al vidrio de la puerta y se puso a mirar a los dos hombres sentados en el banco de la plaza.

Vio al boliviano meter la cara en la pelambre reseca de su perro. Renzo hizo ruido de asco.

—¿Qué pasa?

—El boliviano está baboseando a ese animal leproso.

Ángela escuchó. Y pensó en su propio cuerpo, por fuera y por dentro.

Sabino Colque no había dado señales de vida desde su partida de Tarabuco, aunque recordaba con frecuencia a su madre y a sus tíos sanadores, a los que había conocido ya muy viejos.

Su familia tampoco lo buscó, nadie mandó a preguntar por él. Para qué, si los Colque sabían que las piedras del camino ya estaban escritas.

Para cuando fue un muchacho sus tíos habían muerto, y con ellos, el decoro y la renuncia del oficio. Sabino, que recordaba a los sanadores con desusada precisión, no quiso traicionarlos. Y se fue de Bolivia con sandalias de hule.

Pero nadie que calce sandalias de hule puede escapar de la miseria. Y ahora Sabino vendía yuyos en la zona antigua de la ciudad, a traición del oficio.

—¿Qué pasa, Colque?

El yuyero emergió de la pelambre incompleta del perro con una expresión extraña. Sus ojos tercos, negros, espejeaban por el llanto retenido.

—Y ahora, ¿qué me han hecho?

Sabino preguntó como una raza, no como un hombre.

Mijaíl estaba demasiado irritado para aguantar ese cuento. Al fin y al cabo, no iba a pasar de una pateadura.

—¿Fumaste mal, Colque?

El comentario no alcanzó a deshacer la pregunta del yuyero, que sonó otra vez, más vieja y dolorida.

—¿Qué me han hecho?

—¡Termínala, Colque!, que no ando con ganas de escuchar puteríos bolivianos.

Mijaíl se burló con voz chiquita:

—«¿Qué me han hecho? ¿Qué me han hecho?».

Mijaíl gritó sin necesidad aparente:

—¿Cómo mierda voy a saber lo que te hicieron?

Y remató a su modo:

—Yo no te lo hice.

Primo ladró.

—Véngase, Primo —pidió Colque.

Mijaíl bajó la voz, listo para retomar un discurso tranquilo.

—Si ustedes mismos se desprecian, Colque... ¿Por qué, si no, andan buscando antepasados gloriosos? ¡Incas! ¿Sabés por qué, Colque? Porque en el fondo ustedes admiran a los imperios.

Desvaídamente, casi sin ganas, Sabino pensó que él no era inca, pero guardó silencio. ¿A qué decirlo, con qué ganancia? Si ya Mijaíl estaba de pie, haciendo sus cosas necesarias: buscar un pañuelo en su bolsillo para secarse mejor la nariz, mirar la hora, plegar el bastidor con las baratijas. ¿A qué decirlo si, de cualquier forma, Mijaíl no iba a escucharlo?

—Mañana nos vemos, hermano —dijo Mijaíl.

Y en esa exageración de hombre culpable, también se equivocó.

El atardecer estaba cumplido, tanto que Sabino Colque llegó a pensar que su presentimiento de desgracia era errado. Y que, a lo mejor, Mijaíl había acertado en lo del mal fumar. O a lo mejor era el hígado, que seguía devolviéndole los excesos del carnaval y por eso sentía turbaciones y retorcimientos. Dio unos golpecitos en el lomo de Primo para indicarle, que ya volvían a la pensión. A lo mejor no le pasaba nada malo, a lo mejor no se moría...

Los artesanos que ocupaban el paseo central se estaban yendo. Enfrente, *Lyon* bajaba las persianas de metal. Ese sonido le hizo pensar que era mejor irse antes de que Ángela saliera. Tomó el camino de siempre, el que había hecho durante el año y medio que llevaba durmiendo en la misma cama. Aunque no alcanzó a pensarlo con claridad, Colque lo hizo por el convencimiento de que si algo había de suceder, sucedería. No importaba el camino que él tomara.

Un patrullero esperaba estacionado en la esquina siguiente.

San Miguel y su corte de ángeles arcabuceros. Mírelos, hijo. Mírelos con fijeza y vea que estos ángeles, blandos y carnales como mujercitas, empuñan arcabuces. No se engañe, hijo. Llévelos con cuidado. San Miguel y sus ángeles arcabuceros... Trátelos como conviene, como se trata al viento: procurando irle a favor.

Sabino reconoció a los dos agentes que se apoyaban en el baúl. Muchas veces le pedían yuyos, igual que le pedían harinilla a Mijaíl. Agachó la cabeza para ver si pasaba de largo, pero había una piedra escrita en su camino que le impidió seguir.

Un tercer policía bajó del auto. Le cortaron el paso para pedirle papeles con la certeza de que no los tenía. Nunca antes les había importado los documentos del yuyero que no daba problemas. Y además era amigo de Mijaíl.

Mientras caminaba hacia el auto, flanqueado por dos policías, Sabino pensó que nadie en el mundo iba a darse cuenta de que, esa noche, él no llegaba a su cama. Levantó los ojos y miró la calle alrededor. El miedo lo volvió a su madre.

*¡Ea, dignate venir, madre mía! Destino oscuro, destino blanco.  
Excremento blanco, excremento amarillo.*

Recién entonces Sabino Colque recordó a su perro y giró la cabeza para buscarlo. Estaba contra una pared, alerta, la mirada fija sobre el miedo de Sabino Colque.

—Espéreme, Primo —le dijo—. Yo vuelvo...

Esa era la palabra que el destino necesitaba para seguir andando. Un tonto nombre de perro que azuzó el cinismo policial y alimentó la desgracia.

—¡Cierto que el perro es primo tuyo! —recordó el que rodeaba el auto para sentarse al volante.

Si no hubiese dicho nada, si Sabino se callaba la boca, los policías no habrían reparado en el perro.

Pero el sudario de la tragedia se teje de ese modo.

—Si el perro es primo tuyo también es boliviano.

—¿Es boliviano el perro?

—¿Y tiene permiso?

—A ver los papeles del primo boliviano de Sabino.

—¿No tiene papeles?

—Entonces, el perro también viene con nosotros.

El auto se alejó con tres policías, Sabino y su perro sobre las rodillas.

No hay tragedias ajenas. Cada tragedia habla de todos los hombres.

Subidas sobre zapatos de altos tacones manifiestan el dolor a viva voz, esperando hacerse escuchar por los que avanzan hacia su destino.

La tragedia comenzó cuando, anunciando la llegada del hombre, un macho cabrío coceó la tierra y cantó.

La tragedia acabará el atardecer en que un macho cabrío cocee y cante, anunciando que el hombre se ha ido para siempre.

## II

**H**asta el día en que Graciela decidió que el colorado le gustaba, Mijaíl y Sabino Colque fueron, para las empleadas de *Lyon*, apenas dos habitantes de la plaza con los que intercambiaban un mínimo saludo. Encuentros que ocurrían cuando las mujeres decidían almorzar sentadas en el pasto, mirando la tienda por si caía alguna cliente.

Hasta el día en que Graciela comenzó a acariciar a Mijaíl con los ojos, era impensable la noche de carnaval que sucedió después.

—¿Te digo una cosa, nena? Mijaíl me gusta.

Así decidía Graciela olvidar la última decepción amorosa y enfrentar la próxima. En esa ocasión, no tenía mucho de qué quejarse. La verdad es que el último tipo ni siquiera fingió una mala relación con su esposa, y mucho menos sugirió que fuera a divorciarse. Al contrario, después de un coito huraño prendió un cigarrillo para hablar orgullosamente de su familia. Dos hijos, buenos chicos... Y una esposa que no tenía necesidad de salir a trabajar y podía ocuparse de la casa. Graciela le dio la razón con entusiasmo verdadero diciendo que, con la suerte de un marido que se hiciera cargo, a ella también le hubiera encantado dedicarse a la casa. Entonces el hombre se vistió para irse, posiblemente molesto por la comparación que Graciela había insinuado.

—Lo miro a Mijaíl, y es como si fuera la primera vez que lo veo. Está lindo el colorado...

Ángela sonrió. Graciela ya estaba en los ajetreos de la cacería.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

—Por lo pronto, pedirle que haga una pulsera con mi nombre.

—Que la haga, no. Que la consiga será, porque revende.

—Que la consiga, entonces —Graciela estimaba el estado de sus uñas pintadas.

Aquel mismo día, a la hora del almuerzo, las empleadas de *Lyon* cruzaron la calle, eufóricas y exageradas como adolescentes, porque Graciela había decidido abordar a Mijaíl.

Antes de salir del negocio buscaron sus viandas.

—¿Nada más que una manzana? —preguntó Graciela.

—Sí —contestó Ángela y se golpeó el nacimiento de los muslos—. Yo enseguida me ensancho de acá. Renzo tiene buen ojo y ya me dijo que tenía que bajar un poco antes del verano.

Ángela llevaba pantalones blancos y una camisa a rayas grises y rosadas. Sandalias, y el cabello apenas sujeto para despejarse la cara.

Habría podido ser solamente hermosa. Pero era su virtud parecer, a toda hora, recién empapada en un río. Su belleza tenía relación con los fluidos internos; era resultado de una sangre con privilegios.

Las empleadas de *Lyon* cruzaron a la plaza de siempre con intenciones nuevas.

Para lograr un gesto que la favoreciera, Graciela empezó a sonreír mucho antes de

que Mijaíl pudiera verla.

—¡Buenas...!

Tanta familiaridad de la cuarentona no era habitual, algo traía.

Mijaíl saludó con afabilidad aunque sin moverse de su sitio en el respaldo del banco. Sabino Colque, en cambio, se puso de pie.

—Buenos días, señoras —pronunció completo.

Era apenas más bajo que Ángela, y muy delgado. No era sencillo imaginar cómo conseguía que su ropa, lavada en los piletones de cemento de una pensión, luciera impecable.

—¿Sabes lo que quiero? —dijo Graciela, dirigiéndose a Mijaíl.

La forma de empezar el pedido fue categórica. Mijaíl no se dejó sorprender:

—Ojalá sea lo mismo que quiero yo.

Mijaíl y Graciela eran, cada uno a su modo, viejos comerciantes de la zona. Ángela y Sabino, cada uno con su carga, habían llegado mucho después.

El vendedor de harinilla había visto cambiar la marca y el color de los autos que se detenían a esperar a Graciela en la puerta de *Lyon*, a la hora de cierre, una o dos veces por semana.

Graciela, como todos en la zona, conocía el verdadero quehacer de Mijaíl. Al principio, cuando el hombre pelirrojo inició su comercio en la plaza, ella tuvo miedo. Hablaba con cautela del narcotraficante. Expresión desproporcionada, la hubiera corregido Mijaíl, para una venta de harinilla al menudeo.

Luego, Graciela supo que Renzo, encantador, cariñoso y brillante alumno en las aulas de Odontología, solía tratar con Mijaíl. Entonces se vio obligada a mover sus coordenadas éticas.

Ese mediodía de buena primavera, miraba al intermediario sin ningún temor.

«Ojalá sea lo mismo que quiero yo», acababa de decir Mijaíl.

—No creo... A no ser que quieras una pulsera con mi nombre.

En el otro extremo del banco, como si fuera en el otro extremo del mundo, Ángela miró a Sabino, que aún continuaba de pie.

—¿Tu nombre es Sabino, no?

—Sabino.

La verdad era mejor. Era la bendición de uno de los tíos sanadores.

Cuando nació, el niño no parecía apropiado para sobrevivir. Prematuro y demasiado débil. Pero uno de los tíos aseguró que el nombre bautismal podía salvarlo. Le ponemos Sabino, dijo sin explicar la causa de su elección. Y al día siguiente, el recién nacido empezó a mamar con ganas.

—¿Tu nombre es Sabino, no?

—Sabino.

La brevedad de la respuesta obligó a Ángela a buscar el modo de seguir

conversando, para darle a Graciela un poco más de tiempo para sus coqueteos. Entonces recordó la extraña danza que, en los atardeceres, veía desde las vidrieras de Lyon.

—¿Qué es eso que hacés, como si bailaras? —Ángela no podía explicarse.

Sabino asintió. Sabía lo que Ángela quería decirle.

—Es saludar al Sol cuando se va.

—¿Y ustedes lo saludan todos los días?

—Como a la gente.

Ángela quiso entender mejor. En realidad, hacía mucho tiempo que no sentía tantas ganas de entender mejor alguna cosa. Últimamente se conformaba con que entendiera Renzo y después la llevara de la mano.

—¿Sirve para algo? ¿O es una cosa que se hace en tu país?

—Sirve, sí. Para acordarnos de que estamos acá.

Ángela quiso entender mejor. Como quería entender cuando era una niña frente al espejo y su madre la peinaba. Su madre nunca dejaba preguntas sin responder.

—¿Por qué te vas a dormir al hospital, mamá?

—Porque allá tienen unos aparatos muy grandes que no se pueden traer a una casa.

—¿Por qué llora papá?

—Porque es un sonso y tiene miedo de dormir solo. Y cree que a la mañana se le van a quemar las tostadas.

—Yo lo voy a ayudar.

—Gracias, Ángela.

Los ojos negros de Sabino, los ojos azules de Ángela, tierra y agua, si se juntaban, se hacían barro.

—¿Cómo es el saludo al Sol, Sabino?

Para explicarlo, y sin levantarse de su sitio, Sabino realizó movimientos pequeños y precisos.

—El motor está en el vientre. La energía se aplasta con los talones y la cadera, después es un torniquete con todo el cuerpo, se arrastra algo que está en la planta del pie y se aplica en el pecho. Pateás pero el pie se frena antes de llegar al piso. Retorcés el aire a los costados, buscás con la mirada algo que vuela y saltás para atraparlo.

*Buscás con la mirada algo que vuela y saltás para atraparlo. Algo que vuela y saltás para atraparlo. Saltás para atraparlo, Ángela.*

—¡Nena, vamos! —llamó Graciela. Enseguida se dirigió a Mijaíl—. Ya te tomé la palabra, no vaya a ser que te eches atrás.

Graciela sacó unas pelusas de su pantalón. Y se arqueó un poquito hacia atrás para irse con mejor figura.

Era costumbre que, todos los días, Renzo llegara en su auto a buscar a Ángela cinco minutos antes de la hora de cierre del comercio. Siempre puntual.

Cuando vieron el auto, las mujeres sonrieron. No iban a contarle que, ese día, Graciela había decidido tener un amorío con Mijail. Y que Ángela había hablado con el yuyero boliviano sobre el saludo al Sol. A qué decírselo, si todo parecía inofensivo.

—¿Qué cuentan hoy mis chicas? —dijo cuando entró a *Lyon*.

Graciela y Ángela estaban listas para cerrar. Cayó una persiana, cayó la otra. Graciela cerró con todas las precauciones.

—Qué hermosa noche —dijo Ángela.

Le dio un beso a Graciela y se disculpó por no acercarla hasta la parada del colectivo; llegaba tarde al curso de diseño. Graciela la espantó con un gesto cariñoso. Y los saludó con la mano cuando el auto de Renzo arrancó con el ruido que a él le gustaba.

Los pantalones blancos de Ángela estaban un poco arrugados. Renzo se lo hizo notar.

—¿Cómo está tu mamá?

—Está bien —respondió Renzo—. El otro día me dijo que tiene ganas de verte.

Unas cuadras después, sin decir nada, se desvió del camino. Ángela entendió enseguida.

—Hoy no... Tengo una clase importante. Nos van a enseñar todo tipo de escotes.

Renzo se rio. Parte de la harinilla que Mijaíl le había provisto ya andaba por dentro, provocándole el temperamento:

—¡Todo tipo de escotes! —Renzo la miró apenas—. Eso sí que es jodido, ¿no Ángela? Aprobás «Escotes I», «Escotes II», y después te vas becada a Harvard, o a la nasa.

Ángela se miraba los pies.

—A ver, Ángela, te quiero escuchar hablar sobre escotes.

—No sé...

—A ver, Ángela —dijo Renzo, usando el tono que ella acataba.

—Bueno, están los escotes en V, redondos, bote —encontró algo para decir—. Los escotes en la espalda que se empiezan a usar este verano son más difíciles.

Renzo se endureció de pronto.

—¡No jodas, Ángela! Que después te explique la piba esa que se sienta al lado tuyo... La que te pidió prestada la tijera profesional que te regalé y, de paso sea dicho, te la arruinó.

Ángela estaba triste.

—Está bien —dijo. Y se puso a mirar hacia afuera por la ventanilla. Hacia afuera y hacia arriba, buscando algo que volara.

Un rato después estaba tendida sobre una cama. Descalza, enteramente vestida y con las piernas recogidas contra el vientre.

Renzó la tomó por los pies y la estiró despacio:

—Hoy tenemos visita del inspector.

—No tengo ganas —pidió Ángela.

—Pero los inspectores caen por sorpresa, mi amor. No le preguntan a la gente si tiene ganas.

Iba a comenzar un rastreo minucioso, olfato de sabueso entrenado en detectar impurezas, olores menoscabados, cualquier lesión en la pulcritud y en la hermosura. Ángela soportaría la inspección detallada de su cuerpo con los ojos fijos en el techo.

Primero las uñas de este pie: número uno, cuadraditas, dos, tres, cuatro, pintadas, cinco, de un color suave pero denso. El otro pie. Controlar el contorno de cada talón para asegurarse de que no hubiera ningún detrimento en la tersura.

Ángela creyó ver un insecto oscuro y terco que pasaba volando, pero no pudo saltar para atraparlo. Escuchó el juicio de Renzo sobre su vientre.

—Aquí está faltando un poco de trabajo —y le pellizcó la piel.

Renzo le quitó los pantalones blancos, la camisa a rayas grises y rosadas, la seda. Le separó las piernas para ocuparse de lo más estricto. Ángela cerró los ojos.

La primera inspección de aquel noviazgo, que llevaba ya cuatro años y medio, había sido divertida. A lo mejor porque Renzo comenzó como si fuese un cuento.

*En un lejano país, las esposas del sultán tenían una importante obligación. Más importante que saber cantar o darle hijos varones. Si la esposa que el sultán elegía esa noche no estaba preparada, toda suave y con olor a recién nacida, perdía sin remedio el amor de su esposo. Y según la crueldad del sultán, era devuelta a la casa de sus padres, desnuda y sin dientes. O apedreada, o decapitada por un eunuco del palacio.*

Renzo trepó sobre Ángela.

Ángela, clavada contra su propia belleza, sacudida por fuera y, sin embargo, inmóvil por dentro, recordaba las palabras del yuyero boliviano.

*Buscas con la mirada algo que vuele y saltas, Ángela, para atraparlo. Algo que vuele, Ángela, y saltas para atraparlo. Saltas para atraparlo, Ángela.*

Llegó diciembre a la ciudad vieja.

Los sucesos se fueron trenzando hacia la tragedia que llegaría, pronto, a reclamar los destinos que le pertenecían.

Ángela aprendió a cortar escotes aunque su delgadez comenzaba a quebrarle el pulso. Mijaíl pasaba los domingos en casa de Graciela. Renzo aprobó sus exámenes.

Diciembre. Faltaban dos meses para el carnaval del mundo. Y, sin embargo, había

personas que ya podían olfatearlo.

Diciembre y su característico ajeteo de compras. Ángela y Graciela no pudieron casi intercambiar palabra de tan concurrida que había estado la tienda. Era habitual tanto movimiento en las cercanías de las fiestas navideñas.

Las mujeres empezaban a conversar pero la charla se interrumpía enseguida sin que Graciela lograra entender qué era tan grave para que Ángela hubiese llegado a trabajar con semejante cara.

Cuando la tienda regresó al reposo, al silencio de la ropa colgada, y pareció que al fin las dos mujeres iban a poder dejar de adular y asentir y favorecer sin mesura, sonó el teléfono.

Graciela atendió y habló un largo rato con la señora dueña de *Lyon*. Antes que nada le pasó el parte de las ventas de esa mañana. Póngase contenta porque diciembre empezó de maravillas. Sí, sí... Ya recibimos el pedido de vestidos de noche. En este momento Ángela los está colgando en las perchas.

Pero no era cierto, porque en ese momento Ángela estaba acodada sobre el mostrador. Se irguió sobresaltada, con vergüenza por obligar a Graciela a mentir en su favor. Abrió rápido el cajón de las chucherías: un centímetro, pañuelos descartables, algunos caramelos envejecidos, una estampita. Ángela encontró la tijera que necesitaba para abrir los envoltorios y comenzó a realizar su trabajo.

Graciela seguía hablando. Sí, sí, claro. Ya teníamos pensado cambiar la vidriera. Sí, claro. Con algún motivo navideño. Y esa salud, ¿cómo anda?

Se quedó escuchando durante más de diez minutos. Sus exclamaciones y gestos iban de la extrema preocupación al alivio.

Es cuestión de tener un poquito más de paciencia, y quédese tranquila que por acá anda todo muy bien.

Graciela cortó. Miró a Ángela y resopló como cuando sumaba.

—Ya le han hecho de todo a la pobre, y no hay caso. Al final ya lleva así, ¿cuántos?, casi ocho meses. ¿No te acordás, Ángela, que cuando llegaste era solamente por unas semanas? Y ya van ocho meses. La familia insiste con la úlcera... La úlcera no pasa de un límite y un color. Yo la veo todos los viernes, viste que le rindo la plata, y la encuentro cada vez peor —Graciela miró la hora—. Controlemos los vestidos y los vamos colgando... Porque para ser úlcera me parece demasiado —acomodó una etiqueta—. Este es un sueño, si hay en talle más grande me llevo uno y lo pago en dos veces —subió un cierre—. Yo tengo un mal pálpito. Y es raro que un pálpito me falle. Cuando la señora muera, la familia se va a sacar la tienda de encima. La hija gana buena plata con la arquitectura, y ya sabemos cómo es, ni se digna a pasar. Creo que una sola vez se llevó un abrigo y parecía que nos estaba haciendo un favor. El hijo menor no vuelve de México para meterse a tendero...

Recién entonces Graciela se acordó de la conversación interrumpida:

—Al final, nena, no me contaste la causa de esa cara que trajiste.

Ángela había vaciado dos cajas.

—No...

Ángela solía comenzar con una negación.

—No, es que a veces me canso.

Ángela debía explicar algo que apenas intuía y no pudo hacerlo. Quiso definir infiernos y, en sus palabras, no aparecieron más que espantajos de feria. Quiso dibujar el miedo más atroz y solamente consiguió trazar monstruos infantiles, una escoba con orejas de elefante, una sábana con ojos. Ángela no pudo hacer nada mejor que eso.

Graciela la desaprobó con la mirada. Por esas pavadas no tenía que ponerse tan mal. El chico era divino y la atendía como a una reina. ¿Se ponía un poco nervioso porque ella le prestaba a cualquiera unas tijeras carísimas? ¿Le hacía notar que tenía los pantalones arrugados? Eso significaba que la quería.

—Se recibe y se casan, ¿te parece poco?

—No, si tenés razón.

—Cuidado, Ángela. Que hay más mujeres que hombres.

—No, si tenés razón —Ángela llenaba con culpas su estómago vacío.

—¿Comiste algo?

—Todavía no.

—Hablando de comer...

Para entonces, Graciela ya agasajaba a Mijaíl con comidas caseras. A los cuarenta y tres años, decía ella, no se puede perder tiempo ni ocultar virtudes. Por eso se había esmerado la noche anterior, en la cocina minúscula de su departamento, horneando una tarta de manzanas.

—Ahí está Mijaíl —dijo Graciela— Cruzo y se la llevo. Pero antes me arreglo un poco.

Ángela oyó el orín y la canilla.

—Te traigo una porción —anunció Graciela desde el baño.

—No te preocupes. Igual, no tengo hambre.

Graciela reapareció con la voz estirada, porque estaba pintándose la boca.

—Si hasta el boliviano la va a probar —se restregó labio contra labio—. ¡Cómo no te voy a traer!

Buscó el paquete que había guardado bajo el mostrador. Sonrió como una novia, y salió.

Graciela disfrutaba los elogios grandilocuentes de Mijaíl a su tarta de manzanas. Enfrente, una mujer de canas saludables entraba a *Lyon*.

—Buenas tardes... ¿O buenos días?

—Buenos días —dijo Ángela—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Busco una blusa blanca de mangas cortas. De algodón, por favor.

Mientras caminaba hacia el perchero, Ángela creyó que debía hablar.

—La verdad... Con este calor en diciembre qué podemos esperar para enero.

—Más calor, hija —dijo la mujer.

No hubo burla en su comentario. En todo caso, la intención de evitarle la molestia de hablar si no tenía ganas.

Ángela apartó las perchas buscando el talle adecuado. Finalmente, sacó tres blusas blancas, de mangas cortas y puro algodón. La mujer las miró desplegadas sobre el mostrador y señaló una sin vacilaciones.

—Voy a probarme esta.

Ángela descorrió la cortina.

—Pase a probarse, por favor.

Volvió a correrla y se quedó esperando. Vio, por debajo, los pies de la mujer. Y por los zapatos, marrones, bajos, maternos, pensó que debía ser buena.

—Si quiere puede mirarse en este espejo, hay mejor luz.

La mujer salió del probador con una sonrisa. Se paró frente al espejo. Ángela detrás, sonriendo también.

Cuando era una niña Ángela bailaba. Y más que en ningún lado, le gustaba bailar frente al espejo del dormitorio de sus padres.

Se paraba allí, los brazos arriba, el cuello enhiesto, el torso erguido, las piernas como agujas.

—¿Qué te enseñaron hoy, Ángela?

—A saltar, mamá. A volar.

—¿A volar, Ángela?

—Sí mamá, a volar.

—¿Es difícil?

—Es fácil...

—¿Y volaste muy alto?

—Sí, mamá. Muy alto.

La clienta de *Lyon* recibió su vuelto y la bolsa con su blusa. Al salir se cruzó con Graciela, que regresaba de la plaza, alborotada y divertida.

—¿Qué compró?

—Una blusa.

—¿Anotaste?

—Ahora.

La palidez de Ángela era violenta.

—Nena, te hace falta respirar aire fresco. Cruzá a la plaza, yo me quedo y anoto la venta.

Cuando Ángela se iba, Graciela la llamó:

—¡Nena!

Ángela se apoyó en la puerta para escucharla.

—Hay que hacerlo hablar a Sabino. No sé qué tiene adentro, qué yuyito del cielo como dice él, pero parece...

No un loco ni un mago, no un borracho ni un alma, no un príncipe ni un pájaro.

—Ángela de *Lyon* —le dijo Sabino como si la coronara—. Ángela de *Lyon*, buenos días —le dijo Sabino Colque, que no necesitaba preguntar para saber que esa mujer no había comido en muchas horas.

Mijaíl envolvió los restos de tarta de manzana, y luego guardó el paquete en su bolso de cuero. El vendedor de harinilla tenía asuntos que lo apuraban. Le preguntó a Ángela cómo estaba Renzo mientras le hacía a Sabino un amago de boxeo.

—Hay que hacer hablar a Sabino —dijo, igual que había dicho Graciela.

Ángela se sentó y miró a Colque detenidamente para ver si podía encontrar la palabra que a Graciela le había faltado. No loco ni pájaro. No borracho ni alma.

—¿De qué estuvieron hablando con mi amiga? —preguntó Ángela.

Sabino demoró en contestar.

—De mis tíos Colque, sanadores.

—¿Viven en Bolivia?

—No viven.

Los ojos de Sabino Colque estaban cargados de muchos otros ojos, negro sobre negro a través de los siglos. De nuevo, el yuyero había provocado que Ángela quisiera entender mejor. Sin embargo, cuando la mujer preguntó, Sabino se encogió de hombros.

Lleno de humo como estaba, Sabino Colque se puso a cantar mirando un lugar vacío. Eso facilitó las cosas para Ángela, que quería llorar sin preocupar a nadie, sin pedir disculpas y, sobre todo, sin taparse la cara. Sabino cantó hasta el final del llanto.

—Ángela de *Lyon* tiene su pena —dijo Colque—. Bonita Ángela que se está volviendo de papel.

Aquel día fue imposible para ella aceptar que quería estirar la mano y tocarle la boca. Así que prefirió creer que debía volver a la tienda.

—Me voy —dijo.

—Igual dije yo, hace algunos años, en Tarabuco.

Sabino Colque tenía veinticinco años en Tarabuco, lugar donde la edad suele pesar el doble.

La idea de irse a una ciudad grande y lejana había empezado a rondarle como las gallinas en el patio de tierra. Al principio, lo mismo que hacía con las plumosas, Sabino espantó esas ideas. Aunque estaba seguro de que por mucho que intentara apartarlas, volverían. Y terminarían por ganarle la voluntad.

Su prima era un poco mayor.

Ahora llegaba tarde a la casa familiar y, muchas veces, pasada de chicha. La prima se pintarrajeaba demasiado, según decían las mujeres grandes de la familia. Y esa madrugada las lágrimas le estropeaban el polvo de la cara. Sabino Colque había jugado con ella durante toda su infancia, de modo que podía tocarla sin recelo. Quiso

limpiarla porque le pareció que la prima debía estar incómoda con esa pasta deshecha en la cara y tanta chicha adentro. Buscó un trapo húmedo y se acercó.

Limpió una vez sobre las mejillas y la boca. Sacó una mancha rosada, de perfume excesivo. Arrastró el trapo sobre los párpados y salió un verde luminoso. Sabino siguió sacando con cuidado. Debajo de la capa de colores había otra, amoratada y dolorosa. Limpió, Sabino, y en el trapo quedó una paliza reciente. Cuando sacó toda la capa de paliza encontró otra capa de maquillaje barato. Pasó una vez por las mejillas y la boca, después limpió los párpados y sacó color celeste.

Debajo de esa capa de colores había otra, de sangre seca y piel lastimada. Sabino limpió, y quedó en el trapo una paliza de borracho. Cuando sacó toda esa paliza, encontró otra capa de maquillaje. Debajo otra capa de paliza. Y debajo, otra de maquillaje.

—Me voy —anunció Sabino en Tarabuco.

Ángela hablaba con un caramelo en la boca para que Graciela no la entendiera bien. Porque Ángela, en verdad, no quería hacerse entender. Más bien se esforzaba en parecer insensata de modo que Graciela le señalara con firmeza la única dirección posible. Desde la muerte de su madre, Ángela buscó tutores inflexibles que no le dejaran alternativas.

Obedecer la tranquilizaba.

Y Graciela la escuchaba, fatalmente, desde sus oídos, desde su realidad de señorita con párpados caídos. Sin masticar envidia. Pero haciéndole notar, por sincero cariño, las bendiciones que había recibido. Por ejemplo, ser novia de un chico como Renzo, por ejemplo, esa cara divina que Dios le había dado. Graciela se colocaba a sí misma en el extremo opuesto: sin un hombre que la acompañara, cenando sola todos los días, obligada a estar sana porque si se enfermaba, ¡pobre de ella!

Después, le advertía sobre los riesgos de escupir al cielo.

Ángela quería ser una niña para siempre. Y adelgazar era un modo de lograr que su infancia no acabara de irse. Adelgazar hasta que le subiera el cierre de la pollera tableada que su madre le había regalado a los trece años, adelgazar hasta que todos, a su alrededor, la vieran por dentro.

Incapaz de sostener el peso de la vida, Ángela esperaba que alguien llegara a colocar el mundo en su sitio.

Por eso se sentó en el banco junto a Sabino y lloró. Quiso tocarle la boca. Se levantó de pronto, se fue. Y si eligió a Sabino fue porque el yuyero parecía una estatuilla de barro.

Pero Sabino era un hombre. Y fatalmente se sacudió el largo sopor que había acumulado en aquella ciudad ajena. Recordó la hombría de Tarabuco. A los tíos Colque, que, viejos y borrachos, atravesaban a la mujercita que quisiera reír. Sabino

comprendió que Ángela estaba haciendo atrevimientos para que la disciplinaran. Y así se disfrazó de estatuilla de barro para que un día, fatalmente, ella abriera los ojos con un tarabuqueño encima.

Brillante alumno en las aulas de Odontología, muchacho de buen rostro y buena altura, Renzo sabía moverse por la casa de Ángela como sombra de zorro.

Ángela tenía un padre y un hermano menor, no tenía una madre. La falta de esa tutela amorosa le dio a Renzo el espacio del zorro. Y su juego.

Sentado a la mesa, frente al padre de Ángela, Renzo lamentó muchas veces no haber conocido a su esposa, que en la foto de la repisa se veía muy bella.

Sentado en el sofá, junto a Ángela, Renzo lamentó muchas veces el desaliño del viudo, casi sucio. Y bebiendo demasiado coñac.

Pero a escondidas extendía un billete que el padre de Ángela aceptaba, cada semana con menos vergüenza, para comprar el coñac que ya le resultaba indispensable. Porque aquel hombre iba decidiendo que la desconsoladora belleza de su hija debía servirle, cuanto menos, para aliviar el frío de la viudez.

Brillante sombra de zorro que supo afianzar su alianza con el hermano menor de Ángela. Renzo entendió que sería fácil la noche en que el muchacho entró de improvisa a la cocina, y lo encontró sacudiendo a Ángela por el cabello.

—No te preocupes. Son cosas de novios... Te aseguro que esto no pasó nunca, y no va a pasar nunca más. ¿Es cierto, Ángela?

—Es cierto.

Pero el hermano de Ángela se encogió de hombros, abrió la heladera, tomó agua de la botella, los miró un instante mientras buscaba con el dedo índice alguna suciedad adentro de su nariz, hizo una bolita que pegó en el canto de la mesa. Y se fue.

Después, resultó tan sencillo como regalarle alguna ropa de marca en desuso. Y prestarle, de vez en cuando, las llaves de su auto para que diera una vuelta por el barrio.

La foto de la repisa podía llorar todo lo que quisiera y denunciar la sombra de un zorro andando por su casa, mancillando a su hija y alimentando la cruda indiferencia del más pequeño. Pero el viudo jamás iba a notarlo porque estaba demasiado absorto en su luto. Embebido en coñac.

Para Renzo, el único infierno posible era el fracaso. El sitio al que no quería ir ni antes ni después de muerto. «¿Ves?, acá vas a estar vos cuando seas grande». Y el dedo de su padre se apoyaba con fuerza entre Renoir y Rotterdam, Erasmo de.

Allí tenía que llegar, exigía el juego, a la *Enciclopedia de Genios y Celebridades*: Renoir, Renzo, Rotterdam, Erasmo de.

Si hubiese debido describir el fracaso, lo habría hecho como un lugar en forma de anillo que se apretaba a un centro oscuro y viscoso. Un acoso del que sólo se podía

escapar por ascenso.

Contra el fracaso, Renzo desplegaba una rutina de salvación: poseer, adueñarse. Y sobre esa acumulación de posesiones, entre ellas Ángela y su belleza, encaramarse y abrir los brazos.

«¡Llegué, papá! ¡Mirame!».

—¿Tuviste que vomitar en navidad?

—No quise...

—No habrás querido, pero vomitaste frente a toda mi familia. ¿Se puede saber qué carajo te pasó, Ángela?

—Me sentí mal.

—Debe ser porque estás acostumbrada a comer esos guisos de mierda que hacen en tu casa.

—Ya le voy a pedir perdón a tu mamá.

—A mi mamá no la vas a ver por mucho tiempo.

Veintiséis de diciembre era un buen día para vender aloe contra la acidez. Manzanilla contra la inflamación estomacal y romero contra los espasmos del hígado.

Sabino ya había completado su recorrido matinal. Una vecina le regaló una fuente de plástico llena de turrónes en pedazos y otras cuantas confituras que el yuyero compartía con su perro.

—Coma, Primo, que hoy estamos de suerte.

Mijaíl no había ido a la plaza, estaría purgando la borrachera navideña. También Sabino se había emborrachado con sus paisanos. Pero como no podía darse el lujo de perder la venta segura que venía después de las comilonas y como purgar en la pieza de la pensión era peor que purgar al aire libre, salió nomás. Y hasta entonces, andaba bendito.

—Nos falta la sidra, Primo.

Un rato después, cuando Sabino y Primo habían terminado el festín, Ángela y su novio salieron de *Lyon*. Cruzaron la calle. Renzo lo miró fijo, sin saludarlo. Ángela lo evitó.

Se sentaron en un banco cerca de Sabino, y hablaron. Él cada vez más alto, hasta que empezó a gritar.

—¿Tuviste que vomitar en navidad? ¿Qué carajo te pasó, Ángela?

—Ya le voy a pedir perdón a tu mamá.

Cuando Sabino Colque llegó a esa ciudad, creyó necesario reír bajito de la gente que hablaba dando gritos tal como si estuvieran en la otra orilla, o arriba de un árbol. ¿Y a qué gritaban, si ni siquiera estaban felices o enojados?

Con el tiempo, Colque aprendió a soportarlo sin reír, y tampoco ofenderse. Aprendió también a distinguir, entre tantas voces exageradas, las que volvían de la felicidad, las que iban hacia la furia.

Cualquier día habría sido malo vomitar en público. Pero ninguno tan malo como la navidad. Su madre se lo dijo. «La verdad, Renzo, no sé qué pudo pasarle a tu novia, pobre, pero en qué mal momento se descompuso, con tantos parientes. ¿Viste la cara de tu abuela?». Sí. Renzo había visto la cara de todos cuando Ángela se levantó de la mesa, balbuceó alguna cosa, corrió la silla sin ninguna cortesía y, de pronto, se dobló sobre sí misma. El ruido de las arcadas, eso los había espantado, ¿no pudo llegar al baño, esa chica? Después nadie quiso seguir comiendo, y a la abuela, presuntuosa por la tradición de su vitel toné, se le opacó la fiesta.

Sabino tenía veinticinco años cuando dijo: «Me voy». Lo dijo una sola vez y todos le creyeron. Hay gente, como los Colque, a quienes los aspavientos les parecen de mala educación.

—¿Cuándo? —le preguntó su madre.

—Pronto.

En los días siguientes se habló muy poco sobre el asunto. Y sin embargo la familia, empobrecida como estaba, y aun envilecida en algunas de sus extensiones, se ocupó del festejo de despedida. Con eso lo ayudaban a fortalecer su decisión de marcharse y le estorbaban la cobardía de un regreso inmediato. Porque es grande para un hombre el peso de una fiesta donde todos le dicen adiós.

En casa de los Colque la música sonó muy alta desde la media mañana del domingo. Construida de lado a lado en un terreno desperejo y pedregoso, la casa familiar estaba, como ellos, deteriorada. Y como ellos, era mestiza.

El mestizaje era fácil de apreciar en la acumulación de iconos de yeso que atiborraban el mueble más importante de la casa: un aparador que cualquier anticuario habría venerado. Ningún Colque sabía desde cuándo ese mueble estaba entre ellos. Nadie tampoco tuvo el cuidado de guardar la pata que se le quebró el día que decidieron cambiarlo de lugar, y que fue reemplazada por tres ladrillos.

Era mestizo el fondo que, en tres de sus costados, sin contar el que ocupaba la casa, mostraba la esencia de las razas que allí se habían mezclado. Dos muros medianeros levantados con cuanta cosa sirviera a ese fin imponían la presencia de la conquista y de la propiedad. El tercer costado estaba abierto al mundo para que todos fueran y vinieran sin que el adentro y el afuera, el mío y el ajeno, fueran cosas sencillas de distinguir.

Justo en ese costado, para evitar incendios, se prendieron los fuegos para freír y asar. Una mesa y tres tablonces se colocaron donde las irregularidades del terreno permitían suficiente horizontalidad y equilibrio.

Comida jugosa, picante, que aprecia criarse en su caldo. Mucha y demasiada, porque después de tanto comer quedó para recalentar a la tarde.

Chicha que se traía en baldes. Jugo artificial que corría en jarras de plástico para alargar el alcohol.

Los Colque despedían a otro que no iba a volver. Y la tarde avanzaba.

Una de las tías jóvenes daba de mamar. Ella sentada, el niño de pie, hablando en secreto con las tetas de su madre. En medio de las conversaciones cruzadas, algún hombre celebró esa suerte.

—Me pongo en su lugar —dijo, señalando al niño.

El silencio descendió hasta las sobras de los platos. Algunos ojos se dirigieron al atrevido. Otros, al esposo que debía responder. La mujer se cubrió rápido, alzó al niño y entró a la casa.

Detrás de eso había un pasado mestizo que debía resolverse en alguno de los idiomas posibles.

—¿Usted, compadre, lo dice por las tetas de la madre suya?

Una de las ancianas Colque respiró fuerte y se apuró a ofrecerle al esposo la olla con chicharrón. De su respuesta dependía el final del festejo.

—Sírvame, claro.

El hombre aceptaba comer en esa mesa, con todos los presentes. La fiesta podía seguir con su alegría y su tristeza.

Después del incidente, Sabino y otros tan jóvenes y más que él se fueron a fumar detrás de un amontonamiento de chapas y cajones. No porque alguno de los presentes fuese a escandalizarse por eso, sino para no perder la delicia de los escondites.

A las seis de la tarde los peores borrachos entraron a la casa a dormir en la frescura del adobe.

Sabino, el homenajead, el que se iba lejos, siguió con los más aguantadores y con las mujeres, que separaban los restos, esto para los perros, esto para las gallinas. Y metían en un tacho con agua y jabón los platos sucios.

Pasadas las diez de la noche Sabino Colque apartó un poco al que ocupaba su colchón. Y se tiró a dormir, vestido y desesperado.

Se despertó y era día de marcharse.

En la casa ya no quedaban visitas. Nadie más que la gente que vivía allí, y ni siquiera todos, porque sus dos cuñados se habían ido al trabajo. Sus hermanas y sobrinos aún dormían.

Solamente su madre estaba sentada en la cocina, como si no hubiera dormido por esperarlo.

—Bueno —le dijo—. Usted se va.

La madre de Sabino vertió en un jarro un poco de tinta de té y lo llenó de agua hirviente. Eso, acompañado de un buñuelo de los que habían quedado del festejo, fue a parar a la mesa frente a Sabino, que estaba pensando que ya no podía volver.

Sabino Colque no se apuró con su desayuno porque sabía que, después del último sorbo, no quedaban excusas.

Su madre, hasta donde él sabía y había visto, nunca había llorado. Tampoco iba a hacerlo ese día.

La madre de Sabino Colque trajo una estampita religiosa y se la mostró al hijo que se marchaba.

—Mire, hijo. Es San Miguel y tiene alrededor su corte de ángeles arcabuceros. En las ciudades donde usted va tiene que cuidarse de ellos. Mírelos bien, ponga en su cabeza esta estampita así los recuerda y, donde los vea, pase callado. Mírelos con fijeza, hijo, y vea que estos ángeles andan con arcabuces. No se engañe. Llévelos con cuidado. Trátelos como conviene, como se trata al viento. Procurando ir a favor.

—¿Puedo saber qué carajo te pasó, Ángela?

Renzo no hacía esfuerzos por disimular porque total, en esa zona, la plaza estaba vacía. Excepto por el boliviano.

Sobre todas las cosas, lo irritaba que Ángela le quitara al asunto su verdadera importancia.

—A lo mejor en tu casa están acostumbrados a vomitar durante la comida...

Renzo preguntó tantas veces qué carajo te pasó, Ángela, que al fin la muchacha de cejas espesas decidió explicarle que hacía ya varios meses que le costaba retener la comida, no tenía hambre y cuando tenía, le daban ganas de llorar. Entonces prefería no comer. Ella sabía bien que tenía mucha suerte en la vida, como Graciela le había dicho. Pero cada mañana se despertaba más triste.

Renzo y la debilidad no se llevaban bien. Y era ese desprecio por la sinrazón y por la emotividad exacerbada el que le impedía concebir límites a la voluntad. Si uno quería dejarse de joder, uno podía.

—Ahora, si se te antoja hacerte la loquita y andar diciendo que la comida te hace llorar y que el vómito es culpa de la soledad, yo desaparezco. Desaparezco, Ángela. Yo, desaparezco.

Sabino Colque se había quedado mirando con fijeza el lugar del escándalo.

Ángela de *Lyon* se pasaba las manos por las rodillas agudas y bellas. El yuyero podía jurar que la mujer tenía las palmas transpiradas de pena. Primo ladró para pedir más golosinas navideñas, y Colque ni siquiera lo oyó, tan absorto estaba en considerar cuánto tiempo iba a soportar Ángela de *Lyon* sin derrumbarse, porque ya estaba de papel, con los ojos demasiado abiertos para una persona viva. Y la boca con un contorno violeta que no le correspondía y mostraba un trastorno que los tíos Colque hubieran tomado con todo respeto y preocupación.

Fue en medio de esa abstracción que Renzo descubrió al yuyero.

—¿Qué mira el boliviano?

—Nada. No mira nada —Ángela lo tomó del brazo para distraerlo—. Al final no estás escuchando lo que te digo.

Renzo se levantó del banco y empezó a caminar con Ángela detrás pidiéndole que se tranquilizara, que el pobre Sabino no les había hecho nada.

—Ahora resulta que es el pobre Sabino... ¿Y desde cuándo es Sabino ese boliviano de mierda?

Lo era desde que el tío sanador eligió un nombre para salvarlo. Era Sabino Colque desde que partió de Tarabuco.

El yuyero vio venir a Renzo y se puso de pie sin prepotencia y sin miedo.

Sabino Colque no era alto, ni podía decirse que tuviera proporciones de peleador. Sin embargo, asustaba de él una escondida flexibilidad, una capacidad de salto y vuelo que detuvo en seco el ímpetu de Renzo.

—Así que pobre Sabino —dijo para disimular que no quería seguir con su bravuconada—. Entonces que el pobre Sabino te limpie los vómitos —dio dos pasos y volvió a mirarla—: ¡Pelotuda!

El auto blanco arrancó como a Renzo le gustaba. Y si Tarabuco entero hubiese estado delante, le habría pasado por encima.

Por entonces Ángela ya vivía en su propia tristeza. Una casa silenciosa y llena de juguetes viejos con los que Ángela tropezaba. Allí vivía y planchaba sábanas amarillentas con las que luego se envolvía para bailar. Pero como ya no tenía espejos, bailaba frente a las ventanas; pero como las ventanas se iban empequeñeciendo, Ángela bailaba frente a los azulejos de la cocina. En los azulejos, su imagen se veía globosa y deforme. Eso le daba tanto miedo que vomitaba lo que aún no había comido.

La tarde del veintiséis de diciembre Renzo se fue insultando a los fracasados, a los poca cosa.

Ángela de *Lyon* se quedó mirando la estela sonora que dejó el auto. Y parecía tan cerca de derrumbarse que Sabino Colque ofreció cruzar la calle para llamar a Graciela.

—No hace falta —respondió Ángela—. Me siento un ratito, y se me pasa.

—Está bien.

Más que nada en el mundo, Ángela quería que el yuyero la tocara. No como un hombre, sino como una raza. Sentir en la frente las manos piadosas de los tíos Colque, recibir alivio gracias a una virtud para dialogar con los males y llegar a un acuerdo.

Ángela buscaba un modo de acercarse al cuerpo flexible y oscuro del yuyero.

—¿Qué es ese borde de carne en la muñeca? —señaló.

—Un callo, de cargar la valija con yuyos.

—¿Te duele? —Y acercó las yemas de los dedos.

—Ya no.

Ángela tanteaba el aire dulce que rodeaba a Sabino.

—¿Cómo es Tarabuco?

—Lindo en carnaval.

—¿Y cómo es el carnaval de ustedes...?

—Es bueno. Uno se ríe. Todos se ríen. Mis tíos decían que gracias a los disfraces sabemos que no somos importantes.

Desde la vidriera de *Lyon*, Graciela se lamentaba por la escena que le tocaba ver.

Discutir con un chico como Renzo y ponerse a conversar con el yuyero... Según pensaba, las cosas estaban tomando mal color. Y un olor fuerte.

—¡Nena! —gritó—. ¿Cuánto tiempo más vas a demorarte?

—Nena —Graciela había tomado la decisión de ponerle límites a Ángela—. No tengo que decirte que te quiero como si fueras una hermana menor. Por eso mismo estoy obligada a decirte las cosas como son. ¿Qué hacías hablando con el boliviano? A mí no me molesta atender sola, me arreglo con los ojos cerrados. Pero si tengo que decirte la verdad, andás un poco rara. Lo último que quiero, Ángela, es que te ofendas conmigo. Pero desde que estás tan flaca y tan pálida estamos vendiendo mucho menos. No sé cómo explicarte... Ya no lucís tanto. Hasta Mijaíl me preguntó el otro día qué te pasaba. Yo no te voy a negar que, para ser boliviano, este Sabino tiene su encanto. Pero en tu lugar no le daría alas a esa clase de gente. Vas a terminar teniendo problemas con Renzo por culpa del yuyero y después vas a llorar, Ángela. Vas a llorar.

El departamento de Graciela lucía limpio. Y no porque la prolijidad la desvelara, sino porque estaba sola, realmente sola. Y la soledad de una mujer suele mostrar pocas salpicaduras de grasa en la cocina, y poco ennegrecimiento en la pared cabecera de la cama. Por eso, quizás, Graciela aceptó sin fastidio el desorden brutal al que Mijaíl la sometía durante sus visitas de fines de semana, desde la siesta del sábado hasta el lunes por la mañana, cuando Graciela se levantaba para ir a *Lyon* y le entregaba, lavada y planchada, la ropa sucia que el vendedor de harinilla le había llevado en una bolsa de nylon atada con varios nudos.

Después de un buen domingo, Graciela sugirió una invitación. Cualquier tarde de esas podría invitar a la mamá de Mijaíl a tomar el té. Pero Mijaíl no estaba listo para responderle.

La cita familiar le olía a noviazgo. Marina se iba a encariñar con Graciela y después iba a andar jodiendo para que él la tomara en serio, que parece una buena mujer y es mejor que te lleve algunos años, y a ver, Mijaíl, si te enderezás, porque yo vivo con el corazón en la boca, mirá que trabajé para criarte, ¿qué buscas, hijo, que un día te traigan muerto? Porque yo sé muy bien en lo que andás, y ojalá que tu padre no se entere, esté donde esté... Aunque aquel domingo el vendedor de harinilla se las arregló para cambiar de tema, empezaba a gustarle la vida en un departamento con cortinas, agua fría y caliente, alfombra en el baño para no resbalarse. La costumbre de acompañar a Graciela al supermercado empezaba a resultarle divertida. Sobre todo porque, si hacía las cosas bien, hasta podía mantener su habitual circuito de venta. Y su posición de caudillo en el barrio de pobres.

Graciela actuaba como una perrita perdida y adoptada, de esas que se encariñan con sus salvadores y a fuerza de lengüetazos consiguen un lugar en el mundo. Animalitos de Dios que evitan dar problemas con tal de recibir caricias.

—Puedo cortarte las uñas de los pies. De paso te cuento algo que te va a dejar con la boca abierta —ofreció Graciela, y agregó—: Algo sobre Ángela y Sabino.

—¿Ángela y Sabino? —Los nombres y sus cuerpos se unían por primera vez en la imaginación inquieta de Mijaíl—. ¿Qué pasa con Angela y Sabino?

—Como pasar, no sé qué pasa. Pero esa chica está insoportable. Lástima que no fuiste a la plaza, porque los habrías visto, dale que te dale a la charla.

—¿Y Renzo tampoco fue? —Mijaíl se incorporó. Las uñas de los pies podían esperar.

—Fue, sí. Y tuvieron flor de pelea porque parece que Ángela lo dejó muy mal frente a su familia en la mesa de navidad.

Como siempre que la situación lo entusiasmaba, Mijaíl se rascó entre las piernas.

—Ella dice que se sintió mal por la comida. ¿Te parece que el vitel toné puede caerle mal a alguien? La cosa es que vomitó sobre la mesa.

Posiblemente porque lo del vómito no le pareció demasiado grave, Mijaíl derivó hacia lo importante.

—¿Y qué tiene que ver Sabino?

—No digo que tenga algo que ver. Digo que ella le está dando demasiado lugar al boliviano. Mucha carita, mucha pregunta sobre Bolivia. No puedo entender, teniendo un novio como Renzo. Está bien que sea linda, pero ya ni eso. ¿Le viste las piernitas de tero? Además, me ayuda cada vez menos.

La conversación volvía a perderse. Mijaíl tuvo que regresarla a su sitio.

—Pero ¿viste algo?

—Vi que el boliviano le puso las manos en la cabeza como si estuviera haciendo una de esas curaciones de indios.

—¡Ah! Entonces, el yuyero la tocó.

—Te dije que ibas a quedar con la boca abierta.

Los cinco libros estaban guardados en el mueble, sin regreso. Y ya era natural que Mijaíl cuchicheara y traficara con lo peor del barrio.

Después de transformarse en vendedor de harinilla, Mijaíl dejó de interesarse por la historia de su padre. Sólo en una ocasión volvió a preguntarle por el hombre de zancos. Lo hizo para escuchar sobre su muerte. Y la madre contó.

—Ese día volvió llorando de la calle. Decía que había muertos en la ciudad. Me dijo que tenía que irse, y que no podía llevarme. Me acarició la panza y me pidió que te diera los libros. No lo vi más. Al poco tiempo supe que lo habían matado, me lo dijo uno de sus amigos. Él tenía sus ideas... por eso lo conocí. Mirá si un muchacho estudiado y tan lindo iba a venir al barrio a hacer teatro para los pibes si no hubiera tenido sus ideas. Yo le decía que siempre iba a haber ricos y pobres, que eso no tenía arreglo, pero no había caso, tu papá era como era. Yo todavía hablo con él. Le gustaba hablar. Y cantar. Conocía muchas canciones que no pasaban por la radio. Ya

me las olvidé, pero eran lindas. ¡Cantaba de bien...! Y bajito. Bueno, a mí me cantaba bajito.

Pero al fin Renzo le llevó a Ángela un regalo de 6 de enero.

—Los Reyes me pidieron que te diera un regalito.

Ángela sonrió.

—Te perdonan —dijo Renzo. Y aclaró—: Mi mamá y mi abuela te perdonan lo de navidad.

Ángela siguió sonriendo, aunque de un modo ligeramente más débil.

—¿No estás contenta?

Ángela se retorció el cabello a un costado para disimular su decepción.

—Sí, claro que estoy contenta.

—Bueno. Entonces, cualquier día de estos te llevo a casa.

Te perdonaron, Ángela. Todos en esa familia la perdonaron.

Afortunada Ángela, todos te perdonan.

Era el último domingo de enero, fácil de recordar por el calor agobiante y el cielo oscuro.

El hermano menor de Ángela miraba televisión. El padre resolvía palabras cruzadas.

La tristeza empezaba a matarla. Y nadie, excepto la mujer del portarretratos, parecía notar lo.

Después del almuerzo, que ni siquiera quiso probar, durmió un rato en el sillón. Muy poco. Enseguida despertó sobresaltada porque había soñado que entraban ladrones a *Lyon*.

—No hagas caso —dijo su padre, que seguía resolviendo juegos de palabras. Y a propósito de eso, preguntó—: ¿Ciudad de Bolivia?

Respondiste Tarabuco con alegría. ¡Si te hubieses visto la cara, Ángela!

—No puede ser, tiene cinco letras.

—Entonces no sé.

—¿Para qué mierda ponen ciudades de Bolivia habiendo tantas capitales famosas?

Ángela dijo que salía un rato a caminar, que no iba lejos.

Pero a una madre no se la engaña fácil, Ángela. Yo supe que ibas a hacer el camino de todos los días, igual que si fueras a trabajar. Aunque era domingo.

—Ángela de *Lyon* —saludó Sabino Colque. Se le notó el asombro de verla allí un domingo por la tarde.

—Vine porque tuve un sueño —Ángela explicó—. Soñé que entraban ladrones a *Lyon*, y me quedé preocupada.

Sabino Colque asintió porque conocía la seriedad de esos asuntos. Ángela sonrió,

y señaló la tienda inalterada.

—Por suerte, me equivoqué.

El yuyero tuvo pena de decirle que no siempre los sueños hablan claro. Y que muy pocos podían saber qué cosas estaban advirtiendo.

Pero Ángela no quería irse, entonces señaló al perro.

—¿Y a él? ¿De dónde lo sacaste?

Sabino le contó la historia.

—¿Y tus tíos? ¿De verdad eran sanadores?

El yuyero estaba respondiendo cuando el sol empezó a caer. Entonces, la invitó a saludarlo.

Ángela aceptó, a pesar de que ya tenía transpirada la nuca debajo del cabello. Se paró junto al yuyero. Procuró parecerse a él y conseguir su misma gracia. Por eso actuó con la seriedad de una niña que juega a ser otra persona.

El saludo empezaba en los vientres. El de Ángela era un plato de oro, el de Sabino, un plato de arcilla. Los talones tenían que aplastar la tierra. Y en el torniquete del torso había que olvidar los huesos. Desde la planta del pie hasta el pecho se arrastraba la tristeza. Después había que patear con fuerza, y detenerse antes de llegar al piso. En el aire, a los costados, retorcer la soledad de cada uno...

*Buscas con la mirada algo que vuela y saltás para atraparlo.*

Domingo, verano y noche, no importa en qué orden ni en qué proporción, las tres dimensiones ya estaban en la plaza.

Sabino Colque ofreció acompañarla hasta el colectivo que la llevaba de regreso a su casa. Allá donde todo continuaría idéntico. Su padre en la cocina, cruzando letras, tomando coñac. Su hermano sumido en conspiraciones interplanetarias. Sin que ninguno de ellos notara su ausencia. Ni la ausencia de la fotografía.

En el camino, Sabino Colque habló del carnaval de San Pedro, lo más parecido a Bolivia que tenía a mano. Y dijo que, a veces, si la gente sabía cómo bailar al costado de las procesiones y cómo comportarse, la gente se sanaba. Porque el carnaval era una batalla contra la muerte.

Tu insólita tristeza te puso la respuesta en la boca. Respondiste que irías. Y yo, que te conozco, supe que no estabas hablando por cortesía. Aceptaste ir al carnaval de San Pedro. Y apretaste la cartera contra tu cuerpo como pidiéndome autorización.

—¿Símbolo del iridio?

—No sé.

—¿Qué vamos a cenar, Ángela?

—Ya veo.

Ángela se descalzó apenas entró a la casa. Enseguida sacó de la cartera la

fotografía de su madre para devolverla al portarretratos, vació sobre el mueble.

Como sea, nadie había notado la ausencia de las mujeres. Muertas las dos.

Sabino Colque estaba muy lejos de Tarabuco cuando lo alcanzó su día trágico.

El carnaval había terminado poco antes. Atardecía en la plaza. Mijaíl acababa de irse. Y los artesanos levantaban sus puestos.

Colque y su perro empezaron a caminar hacia la pensión donde dormían y compartían la sopa. Fue entonces cuando Sabino oyó el sonido de las persianas metálicas de *Lyon*. Recordó que era jueves. Y que desde el domingo en San Pedro, Ángela no había vuelto al banco de la plaza.

Tomó el camino habitual. En una esquina, esperaban los ángeles arcabuceros.

Mírelos, hijo. Mírelos con fijeza y vea que estos ángeles, blandos y camales como mujercitas, empuñan arcabuces.

Sabino los conocía bien, de modo que procuró hacerse invisible. Pero los ángeles arcabuceros le cortaron el paso para pedirle legalidades impensables.

Flanqueado por el destino, el yuyero pensó que nadie en el mundo iba a darse cuenta de que, esa noche, él no llegaba a su cama. Recordó a su perro: «Espéreme, Primo. Yo vuelvo».

Con un nombre de perro fue suficiente.

—¡Cierto que el perro es primo tuyo!

—Si el perro es primo tuyo, también es boliviano.

—¿Es boliviano el perro?

—¿Y tiene permiso?

—A ver los papeles del primo boliviano de Sabino.

—¿No tiene papeles?

—Entonces, el perro también viene con nosotros.

Los ángeles arcabuceros se llevaron a Sabino Colque y a su perro. La tragedia, al fin, se arremangaba.

Renzo tuvo motivos de casta para desear, con toda el alma, que el boliviano recibiera un susto. Porque aunque Ángela ya hubiese empezado a provocarle náuseas, era indispensable que el boliviano recordara quién era y dónde estaba. Por eso, para recobrar su orgullo, decidió pagar una pateadura de esas que ponen las cosas en su sitio y obligan a los infelices a cambiar de plaza y de costumbres.

Para asustar a un yuyero boliviano no hacía falta ir lejos.

Un baldío tapiado es un sitio donde los ángeles arcabuceros actúan a sus anchas. Un lugar del mundo donde las leyes se escriben y se borran con la sangre apropiada, la de quienes no tiene defensa posible. Un baldío es el cielo donde los fuertes mandan, y nadie se asoma aunque se escuchen gritos y lamentos.

Es cosa sabida que, a la hora de dar una pateadura por encargo, a la hora de moler a golpes a un desconocido, lo más difícil es dar el primer golpe. Y para eso hay que

buscar el modo de enojarse. Se trata de poder resucitar, en una coyuntura cualquiera, el odio de las razas.

Los ángeles arcabuceros tenían que enojarse, y Sabino no lo facilitaba. Porque Sabino Colque había aprendido que debía irles a favor.

Claro que la harinilla de Mijaíl chorreaba sobre los nervios de los ángeles, y el pago acordado con Renzo picaba en las palmas de las manos. Pero todavía no era bastante. Era necesario revolver los fondos.

Le humillaron el país leproso donde había nacido. Pero Colque permaneció callado.

Le humillaron la madre que lo parió, india roñosa. Le desparramaron los yuyos por el baldío. Le acercaron la brasa del cigarrillo a los ojos. Lo manosearon.

Los ángeles arcabuceros debían encontrar el odio necesario. Colque no lo hacía fácil con su mansedumbre incomprensible.

Pero el destino, sentado sobre la tapia alta que rodeaba el baldío, saltó para ayudarlos. Sus pies tocaron el suelo. Aquel débil sonido pasó inadvertido para todos, excepto para Primo. El perro veía con claridad la silueta oscura del destino que bailoteaba alrededor de la patota policial. Y empezó a ladrarle.

Eso fue todo. Un ladrido estridente y un perro que no acató la orden de callarse.

De ese modo se facilitó el enojo de los ángeles.

Perro de mierda. ¡Pasameló! Eligieron tratarlo como una pelota de fútbol. ¡Atajalo! Las botas negras sabían patear. ¡Va...!

Una pelota que aullaba de dolor. Un perro roto.

Sabino Colque, que no había defendido a su país ni a su madre, que no había suplicado por él ni por sus yuyos, alzó los ojos negros por un perro que lo acompañaba.

Sabino Colque, yuyero de Bolivia, olvidó las recomendaciones maternas. Alzó una rama gruesa, que quizás lo esperaba, y alzándola como arma caminó hacia su muerte.

Al fin, las tragedias no son patrimonio exclusivo de los reyes. Ni están reñidas con la vulgaridad.

Las tragedias suelen admitir vecinas que salen de compras con sus vaginas escondidas en el monedero. Y hombres jóvenes que se llevan de paseo a sí mismos, sosteniéndose por la corbata.

Los motivos que desencadenan las tragedias suelen pesar tanto y tan poco que las balanzas humanas no pueden registrarlos.

### III

**F**ebrero.

El carnaval de San Pedro se doraba en ollas repletas de aceite hirviente.

Ángela caminaba junto a Sabino con un vestido blanco, tan delgada que nadie podía verla. El yuyero le había dicho que el carnaval era una batalla contra la muerte.

Ángela y Sabino andaban juntos por un campo de batalla, entre guerreros coloridos y emplumados. La gente carnavaleara y llamaba a la muerte. Cuando la muerte aparecía, ellos le hacían burla y la corrían con látigos; le hacían saber que mientras estuviesen juntos, enamorados y borrachos, eran invencibles.

El carnaval de San Pedro ocupaba la calle principal y algunas laterales, angostas y oscuras. Pero la fiesta duraba mucho más tiempo que todas esas calles, porque había empezado cuando el primer carnaval del mundo aún no terminaba. Y no alcanzaba a morir, cuando renacía.

—No hay otro modo de pelear con la muerte —le dijo Sabino.

Ángela de *Lyon* tenía sed y quiso tomar igual que todos. La cerveza irrumpió en un cuerpo saqueado y avanzó rápido por la sangre. Ángela preguntaba y preguntaba, por esto, por aquello, los nombres de las cosas, el significado del Caporal y de los cascabeles alrededor de los tobillos.

—Los usan para espantar la esclavitud.

Ángela preguntaba y tenía sed. Sabino Colque tenía respuestas para todas sus preguntas. Hablaba de Tarabuco y no se cansaba de decir que aquello era lo más parecido a Bolivia que había a mano.

El carnaval se derramaba fuera del curso. El gentío apretaba, empujaba hacia el centro del baile. De Ángela se veía solamente el sudor que la cubría. El resto de la mujer era invisible. Sabino Colque la tomó de un brazo para sacarla del apretujamiento.

—En esas callecitas dura el carnaval, pero con menos gente —dijo Colque.

Más tarde, cuando el carnaval de San Pedro se acongojaba, Ángela de *Lyon* quiso aprender el paso de la danza. Y se puso a bailar frente al yuyero, con las caderas, con las manos, con los ojos azules.

Sabino Colque ya no tenía modo de detener su hombría. Al fin, Ángela de *Lyon* bailaba en las calles de San Pedro. Y el yuyero, que no quería dañarla, tampoco quería perderla. Aquella noche no tenía regreso, y mucho menos repetición. Que la virgencita de Copacabana lo ayudara, pero su hombría ya no iba a retroceder.

La sed de Ángela no se cansaba de pedir. El carnaval estaba saturado de humo de frituras y de ensueños. Entonces Colque olvidó su propia conveniencia.

Borracho, cansado de escaparle a la miseria, con Tarabuco lejos, Sabino Colque pensó que aquella mujer de otro mundo bien valía su tragedia.

Ya casi terminaba la noche. Pero el carnaval en San Pedro tenía por costumbre amanecer.

Ángela y el yuyero volvieron a la calle principal con la ropa puesta.

San Pedro no era Tarabuco. Ángela de *Lyon* no era una reina, y Sabino Colque no era un sanador de oficio.

En las ollas callejeras se freían los violentos manjares del carnaval. Y en cada una, Ángela se miraba sin miedo.

—Mañana las ollas ya no van a ser tan buenas —dijo.

—Inhale fuerte este olor y mañana lo recuerda. Así las ollas no le quitan el apetito ni el color que ahora tiene.

—Pero mañana no voy a estar acá.

—Yo creo —dijo Colque— que es esa la diferencia entre la gente y los guerreros.

Después, Ángela y Sabino volvieron a besarse con las bocas picantes.

Hacía tiempo que Graciela había notado que esa historia con el yuyero venía mal. Desde la navidad, con el famoso asunto del vómito. ¡Si ella había visto con sus propios ojos que Sabino le estaba tocando la frente!, y mucha carita, y mucha pregunta sobre Bolivia. Graciela ya le había advertido a Ángela que no le diera tanta confianza al boliviano. Y ahora, lo que mal empieza mal acaba, Ángela llamaba temprano para avisar que no iba a trabajar, porque estaba enferma. Justo un lunes.

—Perdóname, Graciela. Pero no puedo levantarme de la cama.

La voz de Ángela sonaba débil. La respuesta de Graciela se demoró, y ese instante de silencio fue su modo de castigar a la mocosa.

—Está bien, yo me arreglo. Pero ¿qué te pasa?

—No, después te cuento.

Entonces no era una insolación ni dolores menstruales. Había algo que contar. Y Graciela quería escucharlo.

—A lo mejor me hago una disparadita hasta tu casa al mediodía. Cierro y me voy. Total, viste, como es febrero..., muerto.

Ese mediodía de lunes, cuando Sabino Colque llegó a la plaza para almorzar en el banco de siempre, a la sombra, el corazón le pateó fuerte. *Lyon* estaba cerrado, y qué sería de Ángela, por qué no estaba allí, y adonde se la había llevado la delgadez. Sabino no era sanador, pero podía rogar a los muertos.

—Si los tíos la ayudan yo estaré agradecido con ellos, porque no estuvo en mí hacerle daño. Ni la llevé ayer al carnaval para acrecentarle su dolencia. Pido a los tíos Colque por Ángela de *Lyon*, pido por su salud.

El yuyero recordó, casi con alegría, que esa tarde llegaría Mijaíl a sentarse en el respaldo del banco. Mijaíl sabría si eran vacaciones del propio negocio a causa del verano, o alguna otra cosa. Además, Graciela tampoco estaba, así que no había que aventurar malos pensamientos.

Le quedaba una empanada en la bolsa de papel. Terminaba su almuerzo, y seguía con la venta de yuyos.

—¿Estás sola? —preguntó Mijaíl.

—¿Y qué le voy a hacer? Ángela no vino a trabajar.

—¿Qué le pasa?

—Está enferma. ¡Cómo será que, en vez de almorzar, fui a visitarla!

Mijaíl se alivió sin hacerlo evidente.

Había pasado por la plaza alrededor del mediodía. Vio de lejos al boliviano, almorzando en el banco de siempre. Y como no tenía ganas de verle la cara, se quedó conversando con unos artesanos. Recién cuando Sabino se fue, pudo acercarse a Lyon. ¡Raro!, no encontró a nadie. El negocio estaba cerrado. Ahora Mijaíl quería ver si Graciela se lo contaba, ¡no fuera que la mujercita mantuviera sus mañas de zorra!

Graciela, por su parte, luchaba entre decir y no decir. Había prometido que su boca sería una tumba, pero al novio no se le ocultan cosas. Claro, Ángela hacía de las suyas y ella iba a terminar cargando con las consecuencias, peleando con Mijaíl, pagando el pato.

—No sabes —empezó—. Yo conozco la causa de esa enfermedad. A mí me contó todo —los ojos de Graciela bailoteaban.

—Mirá vos —el comentario de Mijaíl sonó desvaído, señal de que el asunto no le interesaba.

Pero Graciela tenía información para sorprenderlo.

—Ayer estuvo en el carnaval boliviano.

—¿Quién?

—¡Ángela! Ayer estuvo en el carnaval con Sabino.

Mijaíl perdió la compostura, se rascó entre las piernas, balbuceó cosas incomprensibles. Y quiso escuchar la historia varias veces, con detalles y de principio a fin.

Graciela repitió que Ángela había llamado esa mañana, bien temprano, para avisar que no podía ir porque se sentía enferma.

—Tenía voz de moribunda. ¿No te conté que, al mediodía, cerré un rato el negocio para ir a verla? Total, fui y vine en un rato. A esa hora, en febrero, no se vende nada.

La visita de Graciela sirvió para mostrarle a Ángela cuánto se preocupaban todos por ella. La querían y la perdonaban a pesar de que los estaba decepcionando.

—¿Y ahora qué hiciste, nena?

La pregunta y su epíteto regresaron a Ángela al movimiento infantil: contarlo todo, y pedir perdón. Porque las cosas volvían a su sitio cada vez que alguien la disciplinaba.

Ángela le contó a Graciela. Y Graciela, por obligación de amante fiel, se lo contó a Mijaíl.

—¡Así que el yuyero se la volteó en el carnaval...! Angelita en pedo, y medio desnuda. ¿Te la imaginás?

Emociones encontradas sacudían la conciencia del vendedor de harinilla.

—Bueno, ella no me dijo que se la volteó. Parece que algo tuvieron, sí. ¿Quién sabe? Yo no le dije gran cosa. Le pedí que no se hiciera problema, que todos la perdonábamos. ¿Qué otra cosa iba a decirle? La verdad es que tiene una cara que da miedo. Ahora, apenas entrás a esa casa te das cuenta de todo. El padre es un borrachín. Y al hermanito se le nota enseguida la vagancia. Al final, no sé si Ángela es una mocosa maleducada que busca a toda costa llamar la atención. O si está medio loca.

La lengua crece como enredadera. Echa vástagos y así se expande. Porque una lengua inicia en el tronco de una garganta, pero nadie sabe adonde llegan sus últimos tentáculos.

En las carnosidades de la lengua y por su néctar prosperan las tragedias. Basta que caiga una semilla en la lengua adecuada para que pronto haya un bosque.

Los charlatanes han sido precursores de guerras fratricidas, de crímenes de pasión y de venganzas. Hay más lenguas que manos manchadas de sangre.

Cuando las lenguas dicen que alguien va a morir, alguien muere.

Mijaíl escuchó varias veces la misma historia, y lo hizo porque lo aguardaba una decisión.

Sabía de sobra que disfrutar las comodidades de la decencia barrial, merecer un sitio en la estantería de la clase media, lo obligaba a congraciarse con los que, hasta el día anterior, habían sido sus enemigos.

Además, las cosas en su lugar... ¿O él iba a andar creyendo las mismas boludeces que su padre? Hay cosas que no deben mezclarse, Sabino y Ángela, por ejemplo.

Para eso, era necesario cometer traición contra el hombre que cada atardecer se sentaba a su lado. Y que lo escuchaba sin interrumpirlo. La vida, que siempre lo había castigado, le daba una oportunidad que no podía ni quería desaprovechar. Era ese día o nunca. Mijaíl interrumpió los comentarios de Graciela sobre la salud mental de Ángela.

—Hay que contárselo a Renzo —decidió.

—No sé... Yo le prometí a Ángela que iba a ser una tumba.

—Las tumbas, para los muertos.

—No sé —Graciela no terminaba de convencerse—. ¿Y Sabino?

—¿Qué pasa con Sabino? El yuyero se desubicó con lo de la piba. Te puedo asegurar que yo le tengo más paciencia que nadie y que le aguanto las ínfulas de brujo. Más te digo... Nunca le dije que se volviera a su país de patas sucias. Pero con el asunto de Ángela se fue al carajo.

Mijaíl estaba gestionando su pase a un mundo que, hasta entonces, le había sido

ajeno y hostil.

Recordó entonces la invitación que Graciela le había hecho un tiempo atrás. Solo que, ahora, ya había elegido.

—¿Seguís pensando que querés conocer a Marina? Mirá que se va a poner a contar todo el asunto de los zancos y del Gran Ladrón...

—Me encanta —dijo Graciela.

Para la vendedora deseosa de marido, era un buen trato.

—Encima, mirá si será caprichosa —siguió Graciela—, me dijo que no iba a avisarle a Renzo porque no tenía fuerzas para contestar preguntas. Así que este pobre chico va a venir a buscarla al divino botón... Yo, la verdad, no tengo forma de avisarle.

—Yo tampoco —Mijaíl no les pedía datos a sus compradores.

La oportunidad se completaba.

—Mejor así. Esta noche, cuando venga Renzo, cerrás el negocio y se van juntos al café. Hoy no paso por la plaza. No tengo ganas de ver al yuyero.

—¿Vas a contarle a Renzo?

—Vamos a contarle, Graciela.

No hablaron en *Lyon* sino en un bar, porque en la plaza, sentado en el banco de siempre, estaba Sabino Colque.

El yuyero le preguntaba a su perro por qué Ángela no había ido al trabajo, por qué Graciela bajaba las persianas y se iba con Renzo, y por qué no había aparecido Mijaíl.

En el café, Renzo escuchó lo que Graciela y Mijaíl tenían para contarle. Su expresión, habitualmente fresca, parecía corroída por la rabia.

—Y yo, como un infeliz, vine a buscarla.

—Disculpá, Renzo, no teníamos cómo avisarte —aclaró Graciela.

—Mi mamá tenía razón... Ángela es un aborto, una princesa por fuera, y una negrita por dentro. Pero ya me cansó.

—Tampoco hay que tomarlo tan a pecho —habló Graciela con el resto de corazón que le quedaba—. Según ella no pasaron a mayores. Solamente fue al carnaval.

—Está bien, Graciela. Yo me ocupo.

—¿Vas a ir a verla?

Renzo no respondió esa pregunta.

—Lo único que voy a pedirte es que, cuando Ángela vuelva a trabajar, no la dejes cruzar a la plaza. ¿Puedo dejar eso en tus manos?

—Con los ojos cerrados.

Imaginar que un boliviano había manoseado a Ángela lo hacía sentir sucio, poca cosa. Y para recuperar la cima no alcanzaba con despreciarla, con abandonarla. Supo lo que debía hacer, y lo hizo rápido.

Llegó a la seccional de policía correspondiente con la recomendación de un

comisario amigo de su familia.

—Tome asiento y cuénteme qué lo trae.

—El boliviano que vende yuyos, el que se llama Sabino, ¿lo ubica?

—Cómo no.

—Está dando problemas. Molesta a las dos empleadas del negocio de ropa que está enfrente, ¿lo ubica?

—Cómo no. Y usted, ¿qué quiere con este Sabino?

—Le repito que no es por mí, sino por la gente de la zona.

—Pero usted, ¿qué quiere?

—Que alguien le enseñe que en este país hay leyes.

—Muy bien. Entonces levantamos una denuncia.

—Ya le digo que no es por mí sino porque conozco a las empleadas de *Lyon*.

—¿Y por qué no vienen ellas mismas?

—Porque le tienen miedo.

—¿Y entonces?

—Algo más rápido, si pudiera ser.

—Vamos a ver... Este Sabino debe ser ilegal.

—Como toda esa gente.

—Ahí, por ejemplo, tenemos una linda causa para ir a verlo.

Después del domingo de carnaval, Sabino Colque siguió cumpliendo con su rutina. Sin embargo, nada se parecía a lo conocido. Todo estaba trastocado. Lunes, martes y miércoles en los que Mijaíl no apareció por la plaza. Y Ángela de *Lyon* no llegó a trabajar.

En las cercanías de una tragedia la cáscara de la rutina se resquebraja. A punto de nacer el pichón fatídico.

El jueves Ángela volvió a *Lyon*. Traía puesta una pollera tableada y antigua.

—¿De dónde la sacaste? —preguntó Graciela.

—Me la regaló mi mamá cuando cumplí los trece, y la tenía guardada.

Graciela pensó que con esa facha de loca no vendería nada.

—Sería bueno que te ocuparas de ver qué nos queda de la temporada otoño-invierno. Ya tenemos marzo encima.

A Graciela no le costó demasiado trabajo mantener a Ángela encerrada.

La primera vez que intentó salir, apeló a su máscara de amiga.

—Esperá, nena, que tengo algo para contarte. ¡No sabés! La mamá de Mijaíl va a venir al departamento a tomar el té. ¡Quién me ha visto y quién me ve! ¡Yo con novio y suegra!

La segunda vez, Graciela usó su máscara de madre.

—¿Te parece salir ahora? Con este solazo. Te va a hacer mal, Angelita. Esperá que afloje el calor.

Finalmente, tuvo que disciplinarla.

—No te enojés. Pero hace tres días que faltás, y el trabajo se va atrasando. Después el sueldo lo vas a cobrar íntegro, porque yo no le voy a decir a la dueña que faltaste. Pero no doy para todo, Ángela querida. No doy para todo.

Así fue como Ángela y Sabino no se encontraron durante todo el jueves, aunque apenas los separaba una calle angosta y poco transitada.

Así fue como Ángela de *Lyon* y Sabino de Tarabuco no volvieron a encontrarse nunca más.

—¿Tu novio tan temprano? —Estimulada por la traición de la que era parte, Graciela aparentó asombro.

—Parece.

Ángela tenía las manos sucias de revisar cajas con ropa de otoño. Apenas Renzo cruzó la puerta, con su camisa fresca y costosa, Graciela le indicó con la mirada que todo estaba en orden, que la mocosa no había cruzado a la plaza, y que viera la ropa ridícula que se había puesto.

Renzo se sonrió por la pollera tableada, recortada de un libro de lectura escolar.

—Viniste antes —murmuró Ángela. Y ofreció unas revistas que no había.

—Hoy no tenés curso de diseño —dijo Renzo.

—No.

—Entonces te llevo a tu casa.

En el auto Ángela intentó hablar con naturalidad y Renzo le respondió del mismo modo. Se habría sentido mucho mejor si se hubiera enojado con ella por haber faltado al trabajo, por andar desaliñada, por vomitar. Para aliviarse, Ángela se ofreció a sí misma.

—Vamos a un hotel.

—Estoy apurado.

Cuando Ángela empezó a cantar bajito, Renzo encendió la radio. Llegaron demasiado pronto.

—¿No vas a bajarte? Te preparo algo de comer —volvió a ofrecer la culpable.

—Te dije que no tengo tiempo.

El auto arrancó como sabía hacerlo para dar cuenta de la importancia de su amo. Pero antes de alejarse, chilló y retrocedió. Ángela, que ya abría la puerta de calle, alcanzó a sonreír pensando que Renzo había cambiado de opinión y se quedaba un rato con ella. Improvisó morisquetas de infinita ternura para demostrar su alegría.

Renzo se asomó por la ventanilla del acompañante.

—¿De dónde sacaste esa pollera? ¿Qué carajo te pasa, loca de mierda?

Los pequeños traidores pasaron esa noche con los ojos abiertos.

—Seguro que el yuyero va a cambiar de plaza —dijo Graciela.

—En una de esas se vuelve a Bolivia —Mijaíl ya no podía retroceder—. ¿Quién

te dice? Por ahí sale ganando.

El sueño no iba a darles amparo. Había que encontrar un modo de pasar el insomnio.

—¿Así que la dueña del negocio no dura mucho?

—Un par de meses.

—¿Y quién se va a hacer cargo?

Graciela se demoró en responder. Sentada en la cama, se acomodó la almohada detrás de la espalda.

—Te cuento lo que estuve pensando, pero todavía no hay que decírselo a nadie.

Mijaíl también se incorporó y encendió un cigarrillo.

La eficiente empleada de *Lyon* pensaba que no era imposible sugerir, después de que la difunta se hubiese enfriado, la posibilidad de seguir con el negocio manteniendo el nombre, las instalaciones. Y acordar con la familia el asunto de los porcentajes.

Amanecía cuando se soñaron amos y señores de una cadena de tiendas. *Lyon. Ropa de mujer.*

La madre de Ángela murió sin saber que unos sanadores tarabuqueños habrían logrado convencer a su mal para que se apartara.

Sabino Colque se calzó sus sandalias de hule sin saber que llegaría a una ciudad donde habían asesinado a muchos hombres que andaban en zancos.

El hombre de zancos dejó unos libros como herencia sin saber que servirían para engordar a un traidor.

Así se comportan la vida y la muerte.

Ya estaba en la plaza el último atardecer de Sabino Colque. Y el yuyero regresaba a la pensión. Recordó a Ángela bailando en el carnaval de San Pedro. ¿Habría inhalado el olor de la vida tan fuerte como necesitaba?

Los ángeles arcabuceros estaban escritos en una esquina próxima. Y aunque agachó la cabeza, lo detuvieron. Después, el nombre de su perro movió la rueda de la tragedia.

Renzo tuvo motivos de casta para pagar el precio de una paliza. Los ángeles arcabuceros iban a hacerlo en el baldío que les correspondía. Les costó enojarse porque el yuyero les iba a favor: ni el país ni la madre ni los yuyos. Suerte que estaban allí el destino y un perro para hacer cada uno su parte. El destino saltó de la tapia y el perro ladró más allá de lo tolerable.

Una rama esperaba. Colque la alzó en defensa del único ser que lo había amado en aquella ciudad.

Entonces sí, los ángeles arcabuceros encontraron suficiente motivo para el odio. Un boliviano los amenazaba blandiendo un pedazo de árbol.

Ángeles arcabuceros pateando a un yuyero de Bolivia, en el vientre, en la cabeza,

en la hombría. Ángeles arcabuceros pateando sin piedad a un yuyero, ya roto.

Los arcabuceros se habían ido. Pero el destino seguía en el baldío, mirando un estropicio de carne.

Colque encontró fuerzas para levantarse. Alzó a su perro, salió a la calle vacía. Caminó tambaleante en dirección a las luces de la plaza. Pero esa calle, como cualquier otra, desembocaba en la muerte.

Y era la muerte, aquella noche, lo más parecido a Tarabuco que Sabino Colque tenía a mano.



LILIANA BODOC (21 de Julio de 1958, Santa Fe - 6 de febrero de 2018, Mendoza, Argentina). Residió desde muy pequeña en la provincia de Mendoza, y luego de algunos años en la Ciudad de Buenos Aires, se instaló en un pueblo en la provincia de San Luis.

Cursó la Licenciatura en Lenguas Modernas en la Universidad Nacional de Cuyo y ejerció la docencia algunos años. Gracias a su novela *Los días del Venado* (primera parte de la *Saga de los Confines*, una trilogía épica), editada en el año 2000 y merecedora de varios premios, su carrera como escritora cobró notoriedad. Su obra ha sido traducida a varios idiomas; es reconocida en Europa, Estados Unidos y América Latina por su poética destreza narrativa y el alcance de su universo fantástico. Se la considera una de las mejores escritoras fantásticas de las últimas décadas. Recibió distinciones por parte de IBBY, Fundalectura y ALIJA, entre otras. Su libro *La entrevista* fue seleccionado por White Ravens 2013. Un referente de la épica fantástica argentina.